

La Ciudad del Dolor

Ecos del cementerio de
enterrados vivos
y del presidio de inocentes

ADOLFO LEÓN-GÓMEZ

Prólogo
Felipe Martínez Pinzón

Universidad de los Andes
Universidad EAFIT
Universidad Nacional de Colombia

**LA CIUDAD DEL DOLOR
ECOS DEL CEMENTERIO DE ENTERRADOS VIVOS
Y DEL PRESIDIO DE INOCENTES**

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad:

Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica:
Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta
calidad, 10 años: Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación.

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad:
Decreto número 759 del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Acreditación
institucional de alta calidad, 8 años: Resolución 2158 del 13 de febrero del 2018, Mineducación.

Universidad Nacional de Colombia | Vigilada Mineducación. Creación de la Universidad
Nacional de Colombia: Ley 66 de 1867. Acreditación institucional de alta calidad:
Resolución 2513 del 9 de abril del 2010, Mineducación. Régimen orgánico de la
Universidad Nacional de Colombia: Decreto 1210 de 1993.

· R E L E C T U R A S ·

**LA CIUDAD DEL DOLOR
ECOS DEL CEMENTERIO DE ENTERRADOS VIVOS
Y DEL PRESIDIO DE INOCENTES**

ADOLFO LEÓN-GÓMEZ

Prólogo de Felipe Martínez Pinzón

Universidad de los Andes
Universidad EAFIT
Universidad Nacional de Colombia

Nombre: León Gómez, Adolfo, autor. | Martínez Pinzón, Felipe, escritor del prólogo.

Título: La Ciudad del Dolor : ecos del cementerio de enterrados vivos y del presidio de inocentes / Adolfo León-Gómez ; prólogo de Felipe Martínez Pinzón.

Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes : Universidad Nacional de Colombia ; Medellín : Universidad EAFIT, 2023. | lxxi, 343 páginas ; 14 x 21 cm | Relecturas

Identificadores: ISBN 978-958-798-587-0 (rústica) | 978-958-798-588-7 (e-book) | 978-958-798-589-4 (epub)

Materias: Poesía colombiana - Siglo xix | León Gómez, Adolfo - Relatos personales | Lepra | Agua de Dios (Cundinamarca, Colombia)

Clasificación: CDD 861.2-dc23

SBUA

Primera edición: Imprenta de Sur América, Bogotá, 1923

Segunda edición: Imprenta de Sur América, Bogotá, 1924

Tercera edición: Imprenta de Sur América, Bogotá, 1927

Esta edición: noviembre del 2023

© Adolfo León-Gómez, autor de la obra original (1857-1927)

© Felipe Martínez Pinzón, del prólogo

© Universidad de los Andes, Facultad de Artes y Humanidades,
Departamento de Humanidades y Literatura

Ediciones Uniandes
Carrera 1.º n.º 18A-12, bloque Trm
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 339 4949, ext. 2133
<http://ediciones.uniandes.edu.co>
ediciones@uniandes.edu.co

© Universidad EAFIT
Carrera 49 n.º 7 sur-50
Medellín, Colombia
Teléfono: 604 261 9500, ext. 9801
<http://editorial.eafit.edu.co>

© Universidad Nacional de Colombia,
Vicerrectoría de Investigación,
Editorial Universidad Nacional de Colombia
Avenida El Dorado n.º 44A-40
Hemeroteca Nacional Universitaria, primer piso, ala oriental
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 601 316 5000, ext. 20040
www.editorial.unal.edu.co
direitorial@unal.edu.co

ISBN: 978-958-798-587-0
ISBN e-book: 978-958-798-588-7
ISBN epub: 978-958-798-589-4
doi: <http://doi.org/10.51573/Andes.97895879858879789587985870>
Corrección de estilo: Laura Andrea Camacho
Diagramación interior: Luz Samanda Sabogal
Diagramación de cubierta: Neftalí Vanegas

Imagen de cubierta: *Death tramples on three female allegorical figures representing sensual pleasures*.

Grabado de Hieronymus Wierix. Tomada de: <https://bit.ly/3Qx0aiM>

Impresión:
DGP Editores S. A. S.
Calle 63 n.º 70D-34
Teléfonos: 601 721 7641 - 601 721 7756
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CONTENIDO

XI PRÓLOGO

Felipe Martínez Pinzón

XLVII BIBLIOGRAFÍA

LI CRONOLOGÍA DE ADOLFO LEÓN-GÓMEZ

LA CIUDAD DEL DOLOR

**ECOS DEL CEMENTERIO DE ENTERRADOS VIVOS
Y DEL PRESIDIO DE INOCENTES**

3 A manera de prólogo

7 PRIMERA PARTE

ECOS DEL CEMENTERIO DE ENTERRADOS VIVOS

9 Confidencia

11 Capítulo i. Un entierro

17 Capítulo ii. Soledad

23 Capítulo iii. Descendí a los infiernos
(*Lasciati ogni speranza, voi che'entrate*)

29 Capítulo iv. Abandono

35 Capítulo v. Dolor

41 Capítulo vi. La queja

- [VIII]
- 45** Capítulo vii. El principio del fin
 - 57** Capítulo viii. Alegrías tristes
 - 65** Capítulo ix. Una procesión en Agua de Dios
 - 77** Capítulo x. El primer muerto
 - 83** Capítulo xi. El éxodo del dolor
 - 95** Capítulo xii. La fiesta de los niños
 - 115** Capítulo xiii. La injusticia humana
 - 123** Capítulo xiv. Un pueblo infeliz
 - 129** Capítulo xv. Las palabras fatídicas
 - 137** Capítulo xvi. Por los ancianos
 - 145** Capítulo xvii. De salud y vida
 - 151** Capítulo xviii. Mis hijos
 - 165** Capítulo xix. Dick
 - 175** Capítulo xx. El amigo x y otros consoladores del infortunio
 - 187** Capítulo xxi. Comité de Bien Público
 - 195** Capítulo xxii. Los vampiros del infortunio
 - 201** Capítulo xxiii. Los tratamientos
 - 211** Capítulo xxiv. *Remember*
 - 221** Capítulo xxv. De posada
- 231** SEGUNDA PARTE
ECOS DEL PRESIDIO DE INOCENTES
- 233** Capítulo i. Arando en el mar
 - 235** Capítulo ii. Voz del desierto

239	Capítulo III. Violación del secreto profesional	[IX]
243	Capítulo IV. Vía dolorosa	
247	Capítulo V. Aislamiento de enfermos	
251	Capítulo VI. Los problemas pavorosos	
255	Capítulo VII. La cárcel del destierro	
261	Capítulo VIII. El Ministerio de Agricultura y los Lazaretos	
263	Capítulo IX. La explotación del flagelo	
265	Capítulo X. Se retira un aplauso	
267	Capítulo XI. A los benefactores de los lazaretos (algo que ignoran y que conviene que sepan)	
269	Capítulo XII. Una dictadura incrustada en una república	
275	Capítulo XIII. Prejuicios y preocupaciones	
285	Capítulo XIV. Bienaventurados los que lloran	
287	Capítulo XV. El agio sobre el hambre	
291	Capítulo XVI. Bienaventurados los misericordiosos	
295	Capítulo XVII. Defensor de desterrados	
297	Capítulo XVIII. Inconsecuencias y farsas	
305	Capítulo XIX. Manifiesto a las reinas de las festividades culturales de Colombia	
309	Capítulo XX. El teatro de Agua de Dios	
319	Capítulo XXI. Muerte civil y destierro perpetuo	
329	Capítulo XXII. <i>Salus populi suprema lex est. Dulce et decorum est pro patria mori</i>	
335	Capítulo XXIII. La pesadilla de Agua de Dios	

Prólogo*

Felipe Martínez Pinzón
Brown University

En 1923 el escritor Adolfo León-Gómez (1857-1927) publicó en Bogotá, a distancia, el libro *La Ciudad del Dolor. Ecos del cementerio de los vivos y del presidio de inocentes*. Digo a distancia porque el texto son las memorias de su confinamiento, como supuesto enfermo de lepra, en el entonces lazareto de Agua de Dios (Cundinamarca). El libro es la crónica del destierro que allí sufrió, pero también una etnografía del lazareto, un manual de conducta, un poemario, un cúmulo de historias de personas

* El autor de este prólogo y cronología le agradece a Carolina Toro por la digitación de la tercera y última edición de *La Ciudad del Dolor*, usada para esta reedición (agosto de 1927). También a las conversaciones con Diana Obregón sobre la historia de la lepra en Colombia, a Pedro Adrián Zuluaga por la ayuda para reconstruir las vidas culturales de la lepra en la Colombia de principios del siglo xx, así como a la nieta del poeta, Gloria Leongómez de Otero, por las precisiones sobre su vida y obra. De igual manera, quiere agradecerle a Claudia Montilla; a los historiadores, periodistas y poetas de Agua de Dios: Efraín Oyaga, Jaime Molina Garzón, Edgar Rodríguez, María Teresa Rincón y Ángel Cucuñame; a los evaluadores anónimos de este manuscrito y al equipo editorial de la colección Relecturas por apoyar este proyecto, uno que llega a su publicación en el centenario de la primera edición de esta obra (febrero de 1923). Por último, quiere agradecerle a Brown University, y en particular a los fondos HRF, por brindar los recursos para hacer la investigación que hizo posible esta reedición y la digitación de la obra original con el fin de hacerla accesible en este formato.

[XII] afectadas por la lepra y una especie de álbum en el que compila notas en defensa de los enfermos escritas por él y publicadas, a distancia también, en importantes periódicos de la época, muchas de las cuales aparecieron por entregas en el suyo propio, *Sur América*. León-Gómez pasó los últimos años de su vida, desde 1919 hasta 1927, en Agua de Dios, donde moriría de uremia (Jorge Leongómez Amador, «Semblanza» 22). Tras su muerte, y solamente gracias a la influencia política de sus allegados, su cuerpo pudo ser sacado del lazareto en doble urna de plomo, velado en la iglesia de la Veracruz y enterrado, junto a su esposa Dorila Amador, en el Cementerio Central de Bogotá (León-gomez Amador 22). Testimonios de sus familiares, así como investigaciones de historiadores y médicos —además de las dudas que cercaron al propio autor acerca de su enfermedad— han cuestionado que padeciera de lepra. Su hijo, el bacteriólogo Jorge Leongómez Amador, dice al respecto:

Habiéndole aparecido ciertas manchas en la cara, consultó a un médico notable y muy amigo suyo, quien sospechó síntomas de lepra. Se enviaron suficientes muestras, tales como placas de sangre, moco y linfa a Alemania, en donde el doctor [Paul Gerson] Unna conceptuó que no se encontraba indicio ninguno del bacilo [de Hansen]. Pero la Dirección General de Higiene, enterada por un periódico de Manizales, que en forma escandalosa y mal intencionado propaló la especie, intervino y le fue forzado a tomar la decisión de trasladarse a Agua de Dios. (21)

El decreto legislativo 14 del 26 de enero de 1905 había establecido procedimientos draconianos con respecto a la lepra. Levantado el secreto profesional, la población estaba en la obligación de denunciar a cualquiera que se pensara podía padecer la enfermedad (Obregón Torres, *Batallas* 207). Como en otros

contextos similares en donde el Estado colombiano ha respaldado la delación, esta medida generó diagnósticos falsos al crear oportunidades para sacar del camino a enemigos, deudores o competidores. En un contexto de pánico acerca de la lepra, el miedo a la enfermedad pudo ser usado por los antagonistas políticos de León-Gómez para alejarlo de la crítica al Gobierno. Antes que ser trasladado a la fuerza por la policía, como sucedía en casos similares, decidió partir por voluntad propia al lazareto el 1.^o de julio de 1919. Para protegerlos de la maledicencia y las consecuencias que esta pudiera traer, dejó atrás diez hijos a cargo de su primogénito, Ernesto Leongómez, pues la madre había muerto en el parto del último de ellos en 1909.

Como raro y dramático testimonio de nuestras letras, *La Ciudad del Dolor* nos devuelve la imagen de un hombre de élite que se muestra vulnerable y que, visto por sí mismo y por otros como enfermo, sigue su función de intelectual crítico publicando notas de prensa acerca de las duras condiciones de Agua de Dios. Además de una denuncia sobre los usos políticos y abusos médicos de la lepra a comienzos del siglo xx, el libro que el lector tiene en las manos puede ser leído de múltiples maneras: como una demostración de las exclusiones que produjo el boom cafetero vivido por las ciudades en los años diez y veinte; como un testimonio de la generación de escritores asociada con la tertulia literaria de La Gruta Simbólica (1900-1903) acerca de la pos Guerra de los Mil Días (1899-1902) y, con ella, la llegada de la modernización a Colombia; y como un doloroso texto en que su autor usa lo macabro para mostrar cómo los «enterrados en vida» —como llama a los enfermos de lepra recluidos en Agua de Dios— eran nada más ni nada menos que ciudadanos despojados de sus derechos. Sin embargo, *La Ciudad del Dolor* es sobre todo la historia de un hombre que escribió para mostrar una doble criminalización: de la lepra y de la disidencia política durante la Hegemonía Conservadora

[XIV] (1886-1930). Este es un libro de una conmovedora honestidad que cumple con la representación que de sí mismo hizo León-Gómez años antes de su destierro, en 1910, como presidente de la Academia de Historia. En su momento de máximo prestigio se definió como

cronista de los acontecimientos que en Colombia me ha tocado presenciar. Porque creo que la historia se debe ir escribiendo a medida que se va desarrollando, frente a frente de los actores, sin esquivar odios ni eludir responsabilidades, a fin de rectificar a tiempo el error involuntario, de fijar los hechos con testigos presenciales, de hacer justicia sobre los vivos y no sobre los muertos.
(*«Discurso»* 290)

CONTEXTO HISTÓRICO Y POLÍTICO

Injustamente olvidado hoy por la historiografía y crítica literaria, León-Gómez fue un importante periodista, poeta, escritor satírico, dramaturgo, jurista, historiador y polemista político. Fundador de la Academia de Jurisprudencia y de la Academia de Historia, miembro de la Academia de la Lengua, disidente político en tiempos de la Hegemonía Conservadora, nacionalista republicano y, como antiimperialista, defensor de una ruptura con los Estados Unidos por cuenta de la pérdida de Panamá (1903), la obra de León-Gómez ha trascendido hoy, sin embargo, al igual que la de su amigo Julio Flórez, a partir de la musicalización de sus poemas, en su caso, por importantes artistas como Luis A. Calvo (confinado también en Agua de Dios) o Carlos Vieco Ortiz. Nacido en la hacienda familiar de El Retiro (Pasca, Cundinamarca), propiedad de su abuelo materno, el magistrado y político Diego Fernando Gómez, León-Gómez era bisnieto del criollo ilustrado José Acevedo y Gómez y nieto

[XV]

de la primera escritora civil de la República, Josefa Acevedo de Gómez. Como otros patricios de la época, conflagró historia familiar con historia nacional para producir historia patria. En sus textos periodísticos compilados en *Ofrenda a la patria* (1910) o en *Hojas dispersas* (1913) lo mismo que en la compilación de textos sobre su bisabuelo *El tribuno de 1810* (1910), se retrata a sí mismo como el buen heredero, aquel que debe seguir los pasos de sus ancestros para no tiznar el nombre de su familia. En *Al través de la vida* (1917), compilación de máximas morales y ensayo autobiográfico, dice: «ser noble es no contentarse con la ridícula vanidad de descender de tal o cual hombre ilustre, sino en esforzarse por imitarle y aún por superarle» (4). Por tradición familiar y desde los tiempos en que sus ascendientes sufrieron la persecución bolivariana por apoyar al general Francisco de Paula Santander, León-Gómez fue cercano al ideario del Partido Liberal. Por sus críticas desde la prensa al Gobierno conservador su periódico *Sur América: por la patria y por la raza* (1903-1928) sufrió por lo menos cuatro clausuras durante el quinquenio del general Rafael Reyes (1905-1909). Debido a que publicó textos críticos de su Gobierno, León-Gómez fue encarcelado en varias ocasiones en el Panóptico (hoy Museo Nacional de Colombia), en las cárceles de Santa Inés y Central o recluido forzosamente en su pueblo de Pasca (León Helguera 408, Molano Jimeno 65; León-Gómez, *La ciudad* 323). De su estadía en el Panóptico durante la Guerra de los Mil Días escribió las memorias de su confinamiento en *Secretos del panóptico* (1905), todavía en mora de ser reeditadas.

Desde 1903 hasta su muerte en Agua de Dios abogaría por una unión hispanoamericana en contra del avance estadounidense en la región. Desde su periódico fue un opositor de los Gobiernos conservadores y de los liberales que pactaron con ellos. *Sur América* se convirtió en el más claro vocero de las críticas al Gobierno por no enfrentarse a los Estados Unidos ante la

[XVI] pérdida de Panamá. Las críticas las redoblaría al ver cómo la administración del general Reyes pretendía normalizar relaciones y aceptar la indemnización de Estados Unidos por dicha pérdida, al mismo tiempo que extendía prebendas a inversionistas estadounidenses y reforzaba el aislamiento en los lepro-comios para aliviar las preocupaciones de empresas extranjeras «por el miedo de europeos y norteamericanos a la contaminación» (Obregón Torres, *Batallas contra la lepra* 206). Las embajadas norteamericana, inglesa y francesa, en comunicaciones secretas, censuraron el tono antimperialista del periódico y se opusieron al ascenso político de León-Gómez (Helguera 410).

Para él, como para otros intelectuales nacionales como José María Vargas Vila o Soledad Acosta de Samper o regionales como Rubén Darío y José Martí, el avance de Estados Unidos sobre Centroamérica y el Caribe —primero con la guerra México-Estados Unidos (1846-1848), después con la ocupación de Nicaragua (1854), luego con la invasión de Cuba y Puerto Rico (1898) y, por último, con la intervención en Panamá (1903)— suponía, además de un atentado territorial, una amenaza a los valores de una región representada por ellos como más espiritual y menos materialista, menos prejuiciosas y más hospitalaria que los Estados Unidos. Su vertical tribuna política lo llevaría a perder alianzas estratégicas en el cambiante panorama político de la posguerra. Cercanos correligionarios suyos como el general Rafael Uribe Uribe o el ingeniero Miguel Triana se habían incorporado como funcionarios al Gobierno de Reyes. El surgimiento de la Unión Republicana de Carlos E. Restrepo (1910-1914), organización política que León-Gómez contribuyó a fundar, supuso la fugaz posibilidad de un tercer partido que acabara con la tradicional pugnacida entre el Partido Liberal y el Conservador. Sin arraigo popular y presencia regional, desarticulado por liderazgos internos, la Unión Republicana pronto desapareció (Melo 226). Cada vez más aislado, León-Gómez siguió

siendo una inflexible voz disidente en medio de la relativa prosperidad económica y paz que llegaron de la mano de empréstitos, la indemnización de Estados Unidos por 25 millones de dólares y las divisas circulantes por cuenta del *boom* cafetero. Ante la creciente influencia del Gobierno por incorporar a las disidencias —presión de la cual León-Gómez dejó un testimonio en su texto «De cómo conseguí un consulado»— se llamó a sí mismo: «el único periodista disidente durante la administración del general Reyes» («De cómo»). Su renuncia a la «Comisión de Asuntos Exteriores» en 1918, uno de los pocos cargos que aceptaría, como protesta ante el poco espacio de resistencia dejado a quienes se oponían a la aceptación de la independencia panameña, dejó a León-Gómez enemistades, no solo con el Gobierno, sino con la embajada norteamericana en Bogotá (Otero Ruiz «Adolfo León-Gómez» 4; Molano Jimeno; Helguera 410).

El médico e intelectual Efraín Otero Ruiz sostiene que el destierro de León-Gómez a Agua de Dios tuvo motivaciones políticas y que la enfermedad fue una fabricación de sus malquerientes políticos, en particular de la embajada norteamericana y del Partido Conservador (3). Inflexible ante los poderes políticos que trataron de cooptarlo, para Otero Ruiz León-Gómez fue reducido al silencio a través de la invención sobre su cuerpo —operada por el chisme, la ruptura del juramento hipocrático y una prensa malintencionada— de una enfermedad, la lepra, que causaba horror en el público. El objetivo era acallarlo y desaparecerlo. Por una condición cutánea que médicos actuales han asociado con un posible «lupus» (Alvario Vieda 812) —y que, de acuerdo con ellos, fue en 1919, de buena o mala fe, confundida con lepra por un médico amigo suyo—, decidió separarse de su familia y desterrarse voluntariamente, para así evitarles que la persecución en contra suya se extendiera a ellos.

Como cuenta en el inolvidable primer capítulo de *La Ciudad del Dolor*, la decisión de desterrarse supuso enfrentarse a la

[XVIII] destrucción de su carrera como abogado, a la desarticulación de su familia y a la amenaza a su buen nombre. Este terrible golpe emocional se traduce en las memorias escritas en *La Ciudad del Dolor*, un texto en donde, con descarnada honestidad y con fina conciencia de estar elaborando una obra literaria, vemos a un hombre de élite representarse como antes no lo habíamos visto en nuestra literatura: una persona que se sabe enferma y al mismo tiempo duda de su enfermedad, un cuerpo examinado y auscultado por sí mismo y por las miradas de propios y ajenos, de médicos y de enfermos, de todas las clases sociales. En un texto en cuyo centro está el estigma, y por esta razón lleno de ambivalencias, silencios y ocultamientos, para el lector es difícil determinar si León-Gómez era un enfermo de lepra o, tal vez, era un hombre enfermo también de otras dolencias, acaso menos visibles, y que hacían parte, como lo ha visto Otero Ruiz, de una salud mental afectada por la muerte de su esposa, primero, empeorada por la persecución política y, por último, agravada por el destierro (Otero Ruiz 6 y 7). Como críticos literarios y culturales no es nuestra tarea hacer diagnósticos retrospectivos, pero es posible pensar que León-Gómez también cultivara la tristeza y el dolor como un tema literario, un tema asociado a los románticos tardíos de fin de siglo —la llamada «tercera generación de románticos» (Gutiérrez Girardot «Julio Flórez» 63)— que veían en la derrota militar y en el destierro político una lúgubre oportunidad poética de reinvenCIÓN como profetas de una perseguida y, por eso, verdadera nacionalidad. Lo que sí es cierto es León-Gómez no paró de escribir y publicar durante la década del veinte, dando a la imprenta los que son acaso sus mejores prosas y poemas.

Como es sabido, el poeta como desterrado, ser que se sabe extraño en la tierra y que renueva desde el lenguaje los afectos con los cuales llenar de contenido la palabra patria, es un tema que cultivaron los románticos en general y, en particular, los

hispanoamericanos de generaciones anteriores, tales como el cubano José María Heredia en México, Gertrudis Gómez de Avellaneda al salir de Cuba o José Eusebio Caro en Estados Unidos. Sin embargo, en el caso de un hombre de élite como León-Gómez, su particular destierro es una apertura a una cruda experiencia colonial *sui generis* en donde es tratado, como parte del lazareto de Agua de Dios, como un otro, ser inferior, sometido a las humillaciones biopolíticas de la experimentación médica, el estigma y la vigilancia policial. El destierro como oportunidad ecológica de vivir en la tierra como si esta no fuera nuestra (o no solamente de nosotros) están por estudiar todavía en el largo romanticismo colombiano, incluida la obra de León-Gómez, pero también en la de otros desterrados —por voluntad propia o no— como Vargas Vila, Julio Flórez o Santiago Pérez Triana¹.

CONTEXTO LITERARIO

Con nombres como Carlos Arturo Torres o Miguel Triana, León-Gómez es parte central de la intelectualidad liberal del cambio de siglo. A diferencia de ellos, fue cercano al cenáculo conspirador y tertulia literaria bogotana *La Gruta Simbólica* (1900-1903). Acaso por la fama de «malditos» de sus integrantes, en texto autobiográficos León-Gómez se disculpa al decir que a sus reuniones «no asistí sino pocas veces» («De cómo conseguí un consulado»). Sin embargo, publicó poemas suyos en su periódico *La Gruta* y, con miembros de este grupo, como Julio Flórez, Federico Rivas Frade o el futuro presidente liberal Enrique Olaya Herrera (1930-1934), conformó lo que la historiografía ha denominado el «Comité secreto liberal de Bogotá», un grupo que hacía contrainteligencia a los espías del general

¹ Carolina Alzate está estudiando el exilio europeo de la poeta Agripina Samper de Ancízar, conocida por su seudónimo Pía Rigán.

- [XX] Aristides Fernández durante la Guerra de los Mil Días a través de la distribución de *La Reintegración*, periódico clandestino que ayudó a fundar (Gómez Rivas, *Federico Rivas Frade* 134). De la misma manera en que publicaba en el periódico *La Gruta*, en el suyo, *Sur América*, publicó a Julio Flórez y Vargas Vila, entre otros disidentes liberales. Como aquellos, cultivó una imagen de irreductible profeta de la causa liberal (diferente, en ocasiones, a la postura del Partido Liberal). El exilio final de Flórez en Usiacurí y de Vargas Vila en Italia no son tan dramáticos como el destierro de León-Gómez, pero la construcción de la figura del intelectual disidente obedece a un mismo descontento en estos tres autores que veían la política colombiana como un cínico juego de componendas entre viejos enemigos convertidos en colaboradores. La identificación entre Flórez y León-Gómez no es gratuita. La coronación de Flórez como poeta nacional en 1923, mientras padecía de cáncer en Usiacurí, de acuerdo con su biógrafa Gloria Serpa-Flórez de Kolbe, fue idea del autor de *La Ciudad del Dolor*. Durante la coronación, León-Gómez envió poemas desde Agua de Dios para ser leídos durante la ceremonia. Cerca de la fecha en la que muere Flórez, en *Sur América*, publicó a distancia una nota en la que se identifica como «viejo amigo de Flórez y uno de sus más fervientes y constantes admiradores» («Julio Flórez» s. p.) y a quien le dedica los siguientes versos: «Brillas en el cenit como un cometa. / Ya no falta a tu gloria sino un paso. / Recibe para él ¡oh gran poeta! / la humilde flor de mi doliente ocaso» («Julio Flórez» s. p.). De acuerdo con la prensa del momento, Flórez los escuchó, conmovido, pues se identificaba con León-Gómez ya que ambos, dijo el poeta de Chiquinquirá, eran hermanos «en el arte y en el dolor» (Serpa-Flórez de Kolbe 310). Más allá de las formas en que la escritura sobre la enfermedad y el destierro identifican a estos disidentes liberales —uno desde Usiacurí y otro desde Agua de Dios— la lepra y las políticas médicas en contra de ella alejan la

experiencia de ambos. La lepra evidenció una poderosa realidad de represión en contra de los enfermos y una oportunidad para la proscripción de los disidentes políticos, una que deja marcas en el libro de León-Gómez y en los escritores que le precedieron al escribir sobre esta enfermedad.

La lepra como tema literario en Colombia le antecede a León-Gómez por varias décadas. Como en otras literaturas, la enfermedad en nuestras letras toma diferentes formas estéticas para representar las ansiedades culturales de su momento, colocándonos «ante redes de significado y matices construidos socialmente, que tienden a afirmar fantasías sentimentales o punitivas» (Zuluaga 12). Sin duda, la obra inaugural en torno a las relaciones entre lepra y literatura en Colombia es *Dolores: cuadros de la vida de una mujer* (1867) de Soledad Acosta de Samper (1833-1913), publicada el mismo año de *María* de Jorge Isaacs (León-Gómez, a propósito, empaca *María*, entre otros textos, para llevarse al destierro). Una novela reconocida por la crítica actual como central en la literatura colombiana, *Dolores*, al igual que la novela de Isaacs, es un texto fundacional para observar las ansiedades políticas y las consecuencias estéticas derivadas de la enfermedad cuando esta es puesta en contacto con la nación y el género. La novela de Acosta de Samper cuenta la historia de la epónima protagonista, una mujer de clase alta de provincia, enferma de lepra, cuya dolencia sirve, por una parte, para contar la desarticulación —el desmembramiento— de una élite que observa con asco el ascenso de las clases medias; y, por otra, también le da forma a las maneras en que, para la autora, la mujer era vista como un «monstruo» cuando escapa de su «destino» de madre o esposa para convertirse en escritora (Alzate XXIII).

En las décadas siguientes a la institucionalización de Agua de Dios como lazareto en 1870, se da una creciente movilización de medidas policivas para tratar a los enfermos de lepra. La delación, persecución, confinamiento forzado y experimentación

[XXII] con los enfermos causan un remezón cultural y ponen la lepra en el centro de las formas de representación del miedo al ostracismo y la fascinación con la otredad. Incluso años después del descubrimiento de la bacteria transmisora de la enfermedad —el bacilo identificado por Gerhard Hansen en 1873—, la lepra seguía siendo vista, sin solución de continuidad, como una maldición divina, una enfermedad hereditaria, una marca de pobreza, un miedo a la proximidad entre clases, un castigo por el exceso de pasiones y como una enfermedad incurable y altamente contagiosa. Hacia comienzos del siglo xx —en particular desde que el Gobierno del general Reyes declarara la enfermedad «calamidad pública» y «un obstáculo en la ruta hacia el progreso y la civilización» (Obregón Torres, *Batallas* 204)— estos miedos dieron pábulo a un creciente corpus de obras en torno a la lepra que tematizaron la experiencia de la población ante estas formas punitivas de enfrentarla.

A partir de la reclusión forzada en Agua de Dios de diferentes escritores y artistas célebres desde la década de 1880, emergen de allí poemas, relatos de viaje y memorias todavía por estudiar. Es el caso de *Viaje al país del dolor* (1891) del poeta, diplomático y político liberal Adriano Páez quien moriría en el lazareto; lo mismo que los periódicos publicados allí por poetas como Luis Carlos Pradilla —en particular, *La voz del proscrito* (1879-1880)— o los poemas de Joaquín Restrepo Tamayo en la década del diez hasta su muerte en Agua de Dios en 1924. Las composiciones musicales y las memorias escritas por el músico Luis A. Calvo «Páginas autobiográficas» (1924), publicadas en 1927 y recientemente reeditadas por Sergio Ospina Romero (2017), lo mismo que *Los apuntamientos para la historia de Agua de Dios* (1925) de Antonio Gutiérrez Pérez, uno de los primeros habitantes del lazareto, dan cuenta de una importante producción cultural contemporánea a León-Gómez. De esta producción, naturalmente, el autor de *La Ciudad del Dolor* hace parte, pero

no solo como escritor, sino como facilitador y colaborador. Pongamos dos ejemplos. Por auspicios de León-Gómez y gracias a sus conexiones en el mundo editorial bogotano, el texto de Gutiérrez Pérez fue publicado por la Imprenta Nacional en una bella edición en gran formato con abundantes fotografías. Varias composiciones musicales de Calvo contaron con letra que León-Gómez compuso para el efecto. Varios poemas suyos, aparecidos en este libro, como «Las noches de Agua de Dios», «Nochebuena» o «Nevermore», entre otros, fueron musicalizados por el maestro de Gámbita.

A medida que progresó el siglo xx, y en particular en la década del veinte, en Bogotá y otras ciudades, la producción cultural en torno a la lepra gana indiscutible importancia. Novelas como *La demencia de Job* (1916) y *El huerto del silencio* (1917) de Vargas Vila, obras de teatro como *Como los muertos* (1919) de Antonio Alvarez Lleras, llevada al cine por Pedro Moreno Garzón y Vicente Di Domenico con el mismo título en 1925, novelas como *El cementerio de los vivos* (1923) de Luis Enrique Osorio, *Amelia* (1924) de Guillermo Franky, o *El sueño de los duendes* (1925) de Alberto Uribe Holguín, así como textos como *Las memorias de una leprosa* (1922, siete ediciones en 1927), publicadas por el sacerdote Daniel Restrepo, fueron muy populares y causaron gran atracción en el público lector. De este pequeño *boom* de textos hace parte también *La Ciudad del Dolor*, la cual llegó a tres ediciones —1923, 1924 y 1927— en solo cuatro años. Sin embargo, a diferencia del libro de León-Gómez, muchos de estos textos no evitan el amarillismo y narran la enfermedad como la causa de «malas herencias» familiares², la falta de higiene

² Todavía en la década del veinte del siglo pasado se pensaba que la lepra era hereditaria. Las causas de que existiera la enfermedad en varios miembros de la familia se debía a que el prolongado e íntimo contacto con un enfermo podía ser origen del contagio de otros miembros de las grandes familias intergeneracionales de la época (conversación del autor con Diana Obregón).

[XXIV] o el alcoholismo, o dan rienda suelta al horror acerca de la temida desarticulación de familias, la desaparición misteriosa de personajes (o su reaparición fantasmal) o ponen en evidencia la imposibilidad de un amor entre clases o regiones.

Por ejemplo, en tiempos del *boom* cafetero, la novela *Amelia* relata la imposibilidad de un amor entre un hombre de alcurnia del Valle del Cauca (como su autor, Guillermo Franky) y una mujer de Antioquia, hija de un excampesino devenido en empresario de café, trayendo al presente las históricas (des) identificaciones entre ambos departamentos. Pedro Adrián Zuluaga, uno de los pocos críticos en escribir sobre esta olvidada novela, sostiene que esta comparte «varios tópicos con *Maria* [de Isaacs]», incluida

la narración masculina en primera persona, la juventud de la protagonista femenina, la muerte de esta, entendida como un sacrificio, la separación de los amantes, el sentimiento de la culpabilidad del novio y la identificación de la mujer con la Virgen María. (101)

Sin embargo, en interesante contraste con el resto de ficciones que tienen por los leprocomios una exótica fascinación, Agua de Dios, lugar adonde es enviada la epónima protagonista y en donde muere de lepra vestida de novia, es representado como el lugar del gozoso rencuentro de los amantes. El lazareto es un espacio en donde realizan un amor que es finalmente impedido por el Estado pues el protagonista, declarado como sano, es obligado a abandonar el pueblo por la policía y a dejar a su amante atrás. Como prueba de la popularidad de León-Gómez como poeta desterrado allí, el narrador nos dice: «Allá [en Agua de Dios] conocí al poeta L. y al compositor C., quienes nos compusieron varios trozos con letra de uno y música de otro» (99). Borrados sus nombres por el estigma de la enfermedad, no

[XXV]

hay duda de que Franky se refiere, en 1924, con la L. a León-Gómez y con la C. a Luis A. Calvo, quienes vivían entonces como célebres figuras en Agua de Dios, habían fundado allí el teatro Vargas Tejada y eran amigos y colaboradores artísticos.

ELEMENTOS TEMÁTICOS Y ESTILÍSTICOS DE LA OBRA

La historiografía ha escrito poco sobre *La Ciudad del Dolor*. Hasta ahora ha sido leída como una pieza de la bibliografía primaria de los historiadores de la salud (Obregón, Platarrueda, Melo Rivera) o, más recientemente, como los inicios del pensamiento criminológico en Colombia (Garzón Cárdenas) o como un ejemplo de rectitud moral para los periodistas e historiadores (Molano Jimeno). Sin embargo, si activamos la mirada crítica desde la literatura y los estudios culturales podemos ver allí múltiples cruces entre modernización, literatura y enfermedad, para refrescar la mirada y repensar las maneras en que hemos pensado varios temas: desde los imaginarios góticos y macabros movilizados en torno a La Gruta Simbólica, la llegada de la victrola y la reproducción técnica de la poesía y de la voz (musicalizada o no), hasta el correlativo cambio de status del poeta durante la limitada modernización del país durante las primeras décadas del siglo xx.

La Ciudad del Dolor nos pide una particular mirada, una a la que el propio título y la portada de la tercera edición nos convidan (véase la imagen 1), un ojo atento a las estéticas de lo «macabro», lo nocturno y el «enterramiento en vida» de aquellos desterrados, convertidos en «muertos civiles» por el Estado. En la portada a la tercera edición, pintura de José María Villarreal Santos, vemos un pueblo en llamas extenderse en un valle. La Muerte como el personaje macabro por excelencia, de espaldas al lector, asedia al pueblo. El lector es invitado, como una mirada voyerista, a visitar la «Ciudad del Dolor».

[XXVI]

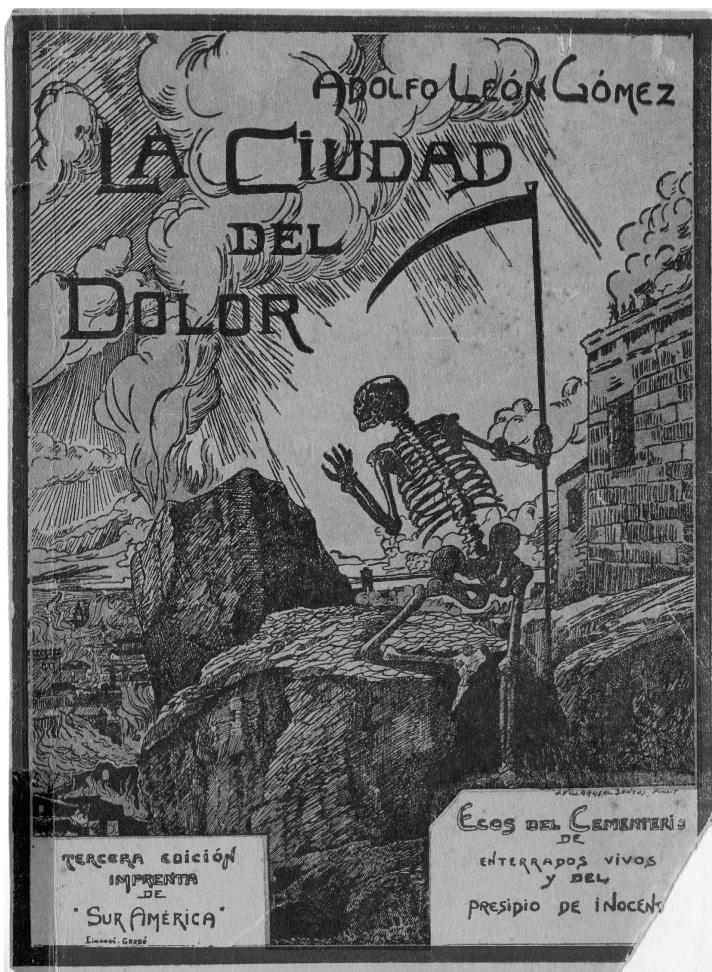


Imagen 1. Portada de la tercera edición de *La Ciudad del Dolor. Ecos del cementerio de enterrados vivos y del presidio de inocentes* (Bogotá: Imprenta de Suramérica, 1927)

Fuente: Colección Bibliográfica de la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina.

Al hablar del apogeo de la estética macabra en la Europa del siglo xv, Jacques Chiffolleau sostiene que esta no respondió simplemente a las pestes que despoblaban esa parte del mundo, sino al miedo de no recibir en el cuerpo los ritos religiosos y no ser velado por hijos o padres, un miedo hecho real por el vasto poder destructor de pandemias sobre familias enteras (De la Cerda 35). Más simplemente, sería un miedo a morir lejos del contacto humano, sin tradiciones, como un organismo sin historia. Lo macabro, entonces, es la manifestación de la ruptura de la comunidad entre vivos y muertos y su resultado en el desarraigamiento de lo común. Reemerge de esta desconexión un miedo antiguo: ser convertidos, al morir, en pura carne expuesta a la intemperie. Por ello, León-Gómez, desde el subtítulo —*Ecos del cementerio de los vivos y del presidio de inocentes*— juega con aquello que traspasa el cerco y que llega más allá de lo oscuro, como un eco, para reunir a los enfermos de lepra con los «sanos» —como se llama aún en Agua de Dios a los que no padecen de lepra. Para cruzar la frontera que tiende el miedo al contagio, León-Gómez acude a formas incómodas de los sentidos diferentes a la mirada, formas que no se pueden controlar y que asaltan al lector sacándolo de la comodidad de la lectura. Como en otros textos literarios sobre la lepra, en particular *Dolores*, en *La Ciudad del Dolor* se tematiza lo sonoro, el eco y el llanto; se pone en el centro el tacto, el miedo al contacto y la experiencia del asco; se recrea la aprehensión de verse en el espejo y de ser visto sin poderlo saber o controlar. Acompañan —o amplifican— estos sentidos, los temas y paisajes que el poeta escoge como los más preponderantes: la noche, lo espectral y lo fantasmagórico. Al acudir a estas formas, por decirlo de alguna manera, invasivas, de los sentidos, León-Gómez se propone romper prejuicios, en particular, acerca del cuerpo enfermo de lepra como un cuerpo culpable, abyecto, castigado por Dios.

La estética de lo macabro, cultivada por su generación —vienen a la mente famosos poemas de Flórez como «La araña» o «Mis

[XXVIII] flores negras»—, le dio forma a los horrores emergidos de las últimas guerras civiles en Colombia, en particular la más sangrienta de todas: la Guerra de los Mil Días. La poesía finisecular de Flórez —la más popular de su generación— abunda en imágenes macabras: grutas, cementerios, calaveras, flores marchitas, arañas, coronas secas. Como lo ha mostrado Harold Alvarado Tenorio en su prólogo a las poesías del poeta chiquinquireño, estas son imágenes que hablan de un país que hace luctuoso inventario de la posguerra (9). Como en la poesía de Flórez, la presencia de lo subterráneo, el mundo de las profundidades y de las fosas comunes en León-Gómez sirvió una agenda de ruptura frente al empalagoso romanticismo anterior. Según Gutiérrez Girardot, la poesía de Flórez, y esto aplica también para la de León-Gómez, quiso «enterrar la poesía del corazón» de la generación del medio siglo, pero también, añadiría yo, se planteó hablar descarnadamente de los horrores de la guerra (Gutiérrez Girardot, «Flórez, un problema» 69). El propio Flórez, poeta oficial del Partido Liberal con su poemario *Flecha roja* (1912), se presentó en concurridos recitales de comienzos del siglo xx, declamando también poemas sobre la Primera Guerra Mundial extraídos de su poemario *¡De pie los muertos!* (1917). Con levita negra, pálido y ojeroso, Flórez hizo famosa su pose del dandi lúgubre que nutría su leyenda de necrófago para darle forma con su cuerpo, conscientemente o no, a los muertos vivientes que vegetaban en las cárceles o yacían despedazados en las fosas comunes. La famosa caricatura de Coroniano Leudo (quien firmaba con el seudónimo Rabinet) habla elocuentemente de esto (véase la imagen 2). En ella, Flórez aparece estilizado como un flaco esqueleto que, llevando un hueso en el bolsillo, señala con su pose de recitador un tenebroso horizonte. En su tono satírico, es una burla de los excesos de esta estética macabra llevada a sus alturas por la generación de León-Gómez.

A diferencia de la bohemia y la cuidada provocación de Flórez, poses que llevaron a Gutiérrez Girardot a decir, tal vez excesivamente, que La Gruta Simbólica no era más que «el complemento ornamental de la clase señorial burguesa» («Bohemio de cachacos» 38), León-Gómez cultivó su imagen pública de forma muy diferente, representándose como «pluma implacable en la mano para la defensa de los derechos del pobre» (*La Ciudad* 301). Uno de sus principales objetivos fue mostrar la falsa moralidad cristiana de un Gobierno conservador que, para él, politizaba la religión con fines eleccionarios. La temática literaria y la vivencia real del dolor en León-Gómez también tiene por objetivo construir su persona, a diferencia de la de Flórez, comprensiblemente, como una figura religiosa, como un intelectual hecho mártir. Esto es visible en *La Ciudad del Dolor* y sobre todo en algunos poemas incluidos en este libro como «Por ellos» o «Angustia», entre otros. Católico practicante y lector de la *Imitación de Cristo* como deja constancia en el libro, hace gala de su conocimiento de la teología cristiana en su obra póstuma, también escrita en Agua de Dios, *Hacia la luz (siguiendo a Kempis)* (1956) en donde deja claro que entendió la enfermedad y el destierro también como pruebas de Dios.

Naturalmente, la injusticia del destierro político es el tema central del libro, pero es su tratamiento estético el que más causa interés en el lector. Estar condenado al olvido o compelido a olvidar el nombre propio —pues el estigma de la lepra afectaba tanto al enfermo como a la familia— recorre sus páginas. La reflexión sobre la ruptura con su origen —Bogotá, la historia de sus ancestros y la de su familia— llevan a León-Gómez a reflexionar sobre la destrucción de su propia historia y también sobre los límites del republicanismo. Las relaciones entre el secreto y el nombre son múltiples en el texto. El secreto como aquello que constituye y al mismo tiempo confina a una comunidad hace parte de una poética de la desmistificación que pone en escena el libro.

LA CIUDAD DEL DOLOR

[XXX]



Imagen 2. «El poeta Julio Flórez» por Coriolano Leudo (Robinet)

Fuente: Revista Cromos n.º 150, volumen VII de febrero 15 de 1919. Cortesía Revista Cromos

[XXXI]

Esta comunidad de enfermos que es encerrada en un pueblo —que produce y a la vez legitima el secreto familiar en torno a su enfermedad— es, sin embargo, para León-Gómez una invitación para exponer la injusticia de este ocultamiento del nombre de los enfermos de lepra. Consciente de cómo el nombre puede «contaminar» a la familia de quien padece la enfermedad, León-Gómez nota que muchas familias deciden olvidar a sus familiares en los leprocomios «donde los más dejan en la puerta el antiguo nombre y el apellido de familia para no afrentar a los parientes, o como para ocultar una desgracia que no es una culpa...» (*La Ciudad* 91). Inclusive, es cuidadoso al no nombrar a sus conocidos en el leprocomio porque sabe que puede estar descubriendo un secreto. La primera edición de *La Ciudad del Dolor* cuenta con una nota final de excusas por mencionar nombres que pueden afectar a los «sanos». Ante el estigma causado por la enfermedad, les propone a sus hijos escoger uno de sus dos apellidos para no quedar asociados con él. Gallardamente, estos le contestan que no solo no escogerán ninguno, sino que los unirán como un solo apellido: Leongómez. El autor, inspirado por este gesto y, en ese sentido, reinventado por sus hijos, firmará sus últimos textos como León-Gómez (gesto que mantenemos en esta reedición) (Molano Jimeno 33). Una presencia conmovedora que acompaña a León-Gómez en el destierro y que es ajeno al estigma y al secreto, y que amplía tanto lo que entendemos por familia como por lealtad y cuidado, es su perro Dick, con quien toma largas caminatas y acerca de quien escribe, como también lo hace acerca de sus hijos, conmovedoras páginas en este libro.

Al tiempo que denuncia la falta de ciencia del Estado colombiano para diagnosticar y tratar a los pacientes, León-Gómez desmistifica la enfermedad para mostrar la injusticia del estigma. A través del tema del señalamiento —saberse visto como habitante de Agua de Dios por quienes viven «afuera»— León-Gómez

[XXXII] desnuda el poder deshumanizante de las palabras usadas para referirse a la enfermedad. En el capítulo titulado «Las palabras fatídicas» narra, en tercera persona, llamativamente, cómo al ingresar «a cara descubierta, por su propia voluntad, cuando públicamente se le ha marcado con el inri espantoso», trató «por corto tiempo de ocultar su residencia y de esconder[se] en el olvido» (133). Las «palabras fatídicas» a las que León-Gómez se refiere son las que se usan para degradar a los enfermos: elefanciaco, leproso, lázaro, lazario, etc. El propio tema de ser señalado con ellas es el que aprovecha León-Gómez para redireccionar esa «extraña fascinación» con los leprocomios a la falta de ciencia del Gobierno. Por eso decide, después de ser señalado con ellas, escribir desde Agua de Dios acerca del estado de los enfermos:

era preciso enterar alguna vez a Colombia de los horribles secretos de los cementerios de vivos; de los abusos que en ellos se cometan a la sombra de la caridad y de la ciencia, y de los despilfarros y las explotaciones con que se enriquecen tantos supuestos héroes y mártires encumiados por la «macabra literatura de lazareto». (135)

A diferencia de la «fantasía de la vista» que es característica, por ejemplo, de los cuadros de costumbres —leer en la fisonomía la moral—, aquí León-Gómez sigue el movimiento inverso: aprovecha esta perversa fascinación con los enfermos para responderle a esa mirada y mostrarles a los lectores que aquello que cree ver no es más que estereotipos derivados de una «macabra literatura de lazareto». Lo que muestra en este libro es, por el contrario, cómo los enfermos son, como dice en su poema «Bienvenida», «seres iguales, ante Dios, a los otros ciudadanos, con derecho a una patria, a quienes ella / debe dar el sustento y el abrigo; / y que el mal pavoroso, es una prueba pero no un castigo» (100).

Por otra parte, *La Ciudad del Dolor* es un ensayo sobre los límites de la soberanía popular. Ante un vasto número de leyes y decretos movilizados en contra de una pequeña población para despojarla de sus derechos, el autor reflexiona sobre quiénes hacen parte del pueblo y quiénes no, y por qué motivos: por enfermedades o por disidencia política, o por ambas. Valga recordar que quienes eran diagnosticados como enfermos de lepra eran forzados a recluirse —eran desplazados forzosamente y muchas veces sus propiedades quemadas— en uno de los tres leprocomios del país: Caño Loro (Tierra Bomba, Cartagena), Contratación (Santander) o Agua de Dios (Cundinamarca). Antes de llegar allí eran separados violentamente de sus familias, despojados de sus documentos y les era dada una nueva «cédula», perdían sus derechos políticos (al voto y a la herencia), estaban sujetos a vigilancia constante, experimentación médica, y eran reducidos a la condición de menores de edad (podían, sin embargo, iniciar su propia defensa sin abogados). La pena de muerte —muchas veces metafóricamente relacionada con el destierro— había hecho parte del panorama político hasta 1910, cuando fue eliminada gracias a la Unión Republicana de Carlos E. Restrepo y el propio León-Gómez. Para nuestro autor, el destierro a lugares como Agua de Dios era una herramienta de silenciamiento que mantenía con vida la pena de muerte a pesar de su «muerte» legal. Para reflexionar sobre la *resurrección* de viejas formas de represión política bajo nuevos trajes, León-Gómez también puebla, como hemos visto, su texto de imaginería gótica y macabra.

Al dirigir la mirada de sus lectores hacia la historia de Agua de Dios, en particular hacia sus habitantes célebres —pero también anónimos, ya que recoge historias de personas cuya identidad mantiene en secreto—, León-Gómez deshace la «macabra literatura de lazareto» que se producía en las ciudades. La expresión «macabra literatura de lazareto» la usa León-Gómez para denominar a los pasquines que colecciónaban consejas que pintaban

[XXXIV] a Agua de Dios como un pueblo de monstruos. Confiesa que cuando niño imaginaba el lazareto con los lentes de esta literatura:

Toda la vida había oído yo decir que aquel lugar (a donde no tenía ni remota idea de ir nunca), era un horrible conjunto de chozas inmundas; que en cada una de ellas aullaban, cayéndose a pedazos, dos o tres espantoso espectros; que por las calles solo se veían «cadáveres ambulantes», aterrándose unos a otros; que una atmósfera pesada y fétida envolvía a la población de sus alrededores; que era muy común ver en los sitios públicos y en las casas, dedos, manos y pedazos de carne caídos a los enfermos, y que nadie podía acercarse a aquel antro sin quedar contagiados luego al punto. (*La Ciudad* 123)

Agua de Dios como una comunidad sin conexiones —sin contacto y por eso sin contagio— con el resto del país, es la que León-Gómez revela como una imagen falsa. Paradójicamente, usa lo macabro para atraer la mirada del lector y confrontarla para mostrar a los habitantes del lazareto como compatriotas desprovistos de derechos ciudadanos. En la introducción a la tercera edición llamada «Confidencia» —palabra que crea una inquietante intimidad con el lector bogotano de entonces— nos cuenta que ha usado los artificios de la literatura para ganarnos como lectores. Allí dice: «[los lectores] no leen los artículos serios referentes a los pavorosos problemas de los lazaretos, porque les parecen repugnantes [...], [por eso resolví] hacérselos leer disfranzándoselos de literatura y amenizándoselos con poesía y relatos tristes que despertasesen su curiosidad primero y su corazón después» (9). Atraer la vista de los lectores a través del «disfraz» —cambiar la apariencia, como lo hace la enfermedad— es una técnica que León-Gómez pone en escena al «vestir» con una sobrecubierta «macabra» su libro.

[XXXV]

La Ciudad del Dolor también reflexiona sobre los choques y retroalimentaciones entre las ciencias y las artes. Como en *La vorágine* (1924), un texto aparecido solo un año después de la primera edición de *La Ciudad del Dolor*, aquí el poeta es consciente del ocaso de su poder intelectual y, para no perderlo, emplea en ocasiones cándida y en otras paródicamente, pero siempre con el fin de legitimarse, el discurso de la medicina o de la ingeniería. En particular, al enfrentarse al médico como nuevo maestro explicativo de la realidad, León-Gómez se convierte en conciencia crítica de los procesos de modernización en el país. Por ejemplo, la forma en que muestra su cuerpo como uno saludable se hace en contra de los falsos diagnósticos de los médicos:

No he tenido aquí ni un día de cama, ni fiebres, ni erisipelas, ni manifestación alguna externa o repugnante, y que me baño en agua fría, me levanto a las cinco a. m., [...] y trabajo física e intelectualmente con brío y sin cesar, y gozo de envidiable salud corporal, sin duda por mi abstención de menjurjes de médicos, boticarios y curanderos. (*La Ciudad* 324)

A parte de remarcar su tenaz actividad con el uso de polisíndeton, pone a los médicos al nivel de curanderos y los agrupa como fuentes de enfermedad igualando medicinas y «menjurjes». A lo largo del texto, siempre sostiene que nunca tuvo rastros visibles de lepra sobre el cuerpo. En una entrevista que posiblemente se hizo a sí mismo al cumplir siete años de destierro, y que publicó antes que en la tercera edición de *La Ciudad del Dolor* en el periódico *El Tiempo*, de Bogotá, con el título «La pesadilla de Agua de Dios», deja constancia que, aunque insistió ante el Gobierno para hacerse exámenes en Alemania para verificar si tenía lepra, este no lo apoyó para poder llevar a cabo el viaje (*La Ciudad* 335).

[XXXVI] Como en *Dolores* de Soledad Acosta, nuestro escritor usa, conscientemente o no, el fragmento literario para mostrar, por una parte, el limitado poder explicativo de la experiencia individual sobre un horror mayor y, por otra, para criticar las pretensiones de la ciencia como un discurso que quiere explicar la realidad en su totalidad. Como una obra fragmentaria escrita a lo largo de los ocho años de su destierro y en tres ediciones, *La Ciudad del Dolor* es también un *collage* de fragmentos en donde retoma los temas de sus obras anteriores. Como sus *Secretos del panóptico* es una denuncia de las medidas policivas del Gobierno conservador; como en *Al pasar de la vida* es un manual de conducta en el que aconseja a sus lectores el estoicismo y la religión católica; como en *Hojas dispersas*, libro en el que compila biografías de personajes ilustres de Colombia, es una autobiografía de un ilustre, pero visto desde un lugar insospechado, que cuenta, no su periplo hacia la notabilidad sino hacia el olvido. Como álbum de recortes, *La Ciudad del Dolor* se convierte en una máquina que antes que disolverse en fragmentos —como esos enfermos que de acuerdo con la imaginación bogotana se «caían a pedazos»— reconstruye un mundo de conexiones entre Agua de Dios y el mundo.

Susan Sontag, en su canónico ensayo sobre los perniciosos usos metafóricos de la enfermedad, *La enfermedad y sus metáforas* (1978), sostiene que cuando se desconoce el origen de una dolencia física o mental es cuando esta comienza a plagarse de los más contradictorios significados e insólitas representaciones (89). La lepra, como anota Pedro Adrián Zuluaga, siguiendo a Sontag, era «apta para un mayor grado de metaforización» (12). La teratología construida por la literatura de la época en torno a la lepra es tristemente fértil: «La hidra de mil cabezas» fue llamada por Adriano Páez, «El Terror de los Espantos» por Luis A. Calvo, «El Rey de los Espantos» la denomina, en un artículo de 1904, el propio León-Gómez (*«La lepra»*, s. p.).

Políticamente fue usada para representar la falta de progreso del país: «leprosos, prostitutas y pobres fueron estigmatizados, perseguidos y segregados por no obedecer al nuevo ideal de sujeto que forjó la modernidad» (Obregón Torres, «Corregir el cuerpo social» 236). Al retomar palabras como «espectros aterradores», «cadáveres ambulantes», «presidiarios de dolores» y citándolas en su texto, León-Gómez nos extraña de ellas para mostrarnos cómo se usan para acallar las voces de los enfermos y al mismo tiempo les da otros significados: ciudadanos sin derechos, muertos vivientes para una república injusta.

Dada su clase social, León-Gómez sabía que ser visto como patrício tras el cordón sanitario creaba un espacio para que su denuncia fuera escuchada. Por ello, el libro es definido por él como «grito del alma en favor de los infelices» o «conminación a la sociedad que abriera los ojos y vea la miseria que ignora» (48) para humanizar a quienes han sufrido, como él, el «fierro candente e indeleble del leproso». Su prestancia como figura pública, así como el tema del libro, hicieron de *La Ciudad del Dolor* un *best seller*. El libro pasó en pocos años a acumular tres ediciones, con sustanciales diferencias en extensión. El primer capítulo, en las tres ediciones, narra su salida de Bogotá con destino al lazareto. Lo tituló, elocuentemente, «un entierro». Allí, León-Gómez relata cómo partió de Bogotá a Tocaima en un vagón especial de tren —no en el último vagón en donde se arrojaban a los enfermos en terribles condiciones de ventilación— para no «excitar la curiosidad del público bogotano» (14). Mirar a través de la ventana del tren se convierte en una imagen-sencuencia que él compara con el cine, una de las formas de narrar la modernización llegadas a Bogotá a finales del siglo XIX: «en la hora de la muerte pasa por la memoria del agonizante, como en rápida cinta cinematográfica, la existencia entera» (11). Volcar la mirada hacia adentro, hacia la memoria, revierte las imágenes que circulaban sobre las tecnologías del progreso —el cine, los

[XXXVIII] trenes, los tranvías, la luz eléctrica y otras formas del «movimiento» que Castro-Gómez ha analizado para la Bogotá de la época— él las representa como herramientas de retroceso social. Su viaje en tren no termina en libertad, dice, sino en una «triste Siberia, como la de Rusia aislada y como el Gran Desierto, calcinada y ardiente», de esta, anota irónicamente, «titulada República» (9).

Asimismo, como *La vorágine*, *La Ciudad del Dolor* también es la escritura de un aguafiestas (Peña). La década de 1920 en Colombia es conocida como la «Danza de los millones», un periodo de *boom* cafetero y entrada de dólares al país con motivo de la indemnización de Estados Unidos por la pérdida de Panamá. Castro-Gómez ha mostrado cómo este *boom* dio paso a una serie de imágenes en las revistas de la época en la que se celebra la movilidad (de automóviles, tranvías, trenes), la libertad, la belleza y la juventud:

trabajar, moverse y circular *todo el tiempo*: este era el signo del progreso y hacia él tendrían que dirigirse todos los esfuerzos para hacer de la capital de la República un lugar donde fuera posible el imperativo de la «movilización total». (101)

Si José Eustasio Rivera responde a estas imágenes de progreso en su novela con imágenes de confinamiento, viajes en círculos y enganchamiento en la selva, León-Gómez hace del viaje un destierro y de la tecnología una que no impele a un movimiento liberador sino al confinamiento (el viaje termina en un pueblo rodeado de alambre de púas). En ese sentido, ambas escrituras, la de Rivera y la de León-Gómez, ponen en duda las equivalencias entre avances técnicos y libertad. Es más, para nuestro escritor, el viaje en tren, en lugar de ser una vía hacia el conocimiento y la libertad, va a ser un proceso de despojamiento

de su historia. En sus páginas, desplazarse se narra como un naufragio. Al recordar el viaje a Agua de Dios escribe:

perdida la independencia personal, que había sido el bien principal de mi vida, no me quedaba ya nada: ni familia, ni profesión, ni porvenir, ni libertad. Me hallé más preso que las veces en que por política estuve como tal, en el panóptico y otras cárceles. Me vi como un leño de navío muerto, a merced de las olas, de tumbo en tumbo. (57)

Las imágenes de libertad que circulan en la época —conectividad, higiene, moda— en este libro se revelan como transformaciones de otro orden: el lazareto, debido a las políticas aislacionistas del Gobierno, es «una ciudad que devora» (*La Ciudad* 66), al igual que la selva devorante de Rivera, en donde pacíficos ciudadanos son convertidos en «criminales peligrosos» y tratados como «una recua de bestias» (*La Ciudad* 24). En la proliferación de escenas en donde el escritor aparece escribiendo, llorando, pensando, intentando dormir, descansado en su jardín o en caminatas con su perro, León-Gómez desafía la velocidad de los falsos conocimientos adquiridos a través del rápido consumo de periódicos y revistas. Esto se hace evidente en su narración de la manera en que se enteró, en Bogotá, de la divulgación de su enfermedad. Lo supo a través de un periódico que llegó por canje a su oficina de *Sur América*. El periódico conservador de Manizales, *Libertad y Orden*, anunciaban que «El doctor León-Gómez» ya se había marchado «al país del dolor» como «lazarino» («El Dr. Adolfo León-Gómez» 4)³.

³ El hijo de Adolfo León-Gómez, Ernesto Leongómez, quien asumió la dirección del periódico de su padre desde 1918, le contestó al periódico manizalita con una editorial titulada «Puñalada vil» (*Sur América* n.º 1278 del 3 de julio de 1919). Allí denuncia que quien escribió esto debió ser «enemigo personal del doctor León-Gómez» que «declara

[XL] Al reflexionar retrospectivamente sobre esa escena de lectura invasiva, se da cuenta, dice, que él y su familia, ante la cuales lee el anuncio, eran los últimos en enterarse. Inclusive, anota, en el pueblo de Agua de Dios ya sabían que él llegaría antes que él mismo lo supiera. Aterrado, al llegar al lazareto, León-Gómez se da cuenta que había recibido cartas allí, con fecha anterior a que él tomara la decisión de partir. Esta inconsistencia entre velocidad de las cartas y conciencia de la enfermedad, le hace volver atrás para reconstruir el origen de la noticia de su enfermedad:

Comprendí entonces, dice, cómo había circulado la cruel pero productiva noticia que dio un periódico de Manizales, cuando hasta en sus carteles murales dijo que yo tenía la enfermedad cuyo nombre más horrendo estampó brutalmente en letras grandes [...] que me hallaba en Agua de Dios, cuando sorprendido y aterrado, leí lo mismo en Bogotá impensadamente ante mis desolados hijos. (30)

La rápida difusión de la noticia y la exhibición de su nombre se traduce en una conjura en contra suya: el periódico crea una persecución política como noticia que todavía no existe pero existirá. La nota anónima crea el horror al supuesto enfermo y, como en un acto performativo, expulsa a quien nombra, al mismo tiempo que despoja de su identidad a León-Gómez representándolo como «lazarino».

La circulación de la noticia y sus usos políticos contrastan con la minuciosa reconstrucción que hace él de su llegada a Agua de Dios en *La Ciudad del Dolor*, cuatro años después de afincarse

por sí y ante sí, con la más dura palabra y muy visible título, la enfermedad, y brutalmente lanza la noticia a los cuatro vientos y por toda la extensión de la República, sin pensar en el horrible dolor con que iba a agravar la pena de una familia desolada» («Puñalada vil», s. p.).

ahí definitivamente. León-Gómez nos revela en su texto que estaba en consultas con varios médicos en 1919 —creyéndose protegido por el secreto médico—, pues tenía «el color algo subido de mi rostro y a unas manchas en él, que poco después desaparecieron sin necesidad de remedios» (13). Al parecer un médico lo denunció como «leproso» cayendo en «la villanía de violar el secreto profesional» (93). Parte de la reconstrucción de su llegada a Agua de Dios implica otra forma de la ralentización, de volver la mirada hacia atrás y representar su destierro a partir de repetidas imágenes del archivo literario del cristianismo: la entrada de Virgilio y Dante al infierno o la llegada de Cristo a Jerusalén. En el capítulo titulado «Descendí a los infiernos (*Lasiati ogni speranza, voi ch'entrate*)», León-Gómez cuenta su entrada por primera vez a Agua de Dios. Al cruzar el llamado Puente de los Suspiros, puente sobre el río Bogotá que entonces daba entrada, sin salida, a Agua de Dios, se encuentra ante el alambrado de púas y se sabe visto por los «centinelas del dolor, a los adustos carceleros de los forzados en vida» (23). En ese instante, le sube «al rostro el primer oleaje de rubor y humillación». La mirada de los centinelas lo convoca como un enfermo y el color de la humillación emerge en su cara, llamativamente, con las mismas características que lo habían hecho objeto de señalamientos en Bogotá.

Para finalizar, es necesario señalar la importancia para este libro de los cruces entre la escritura y la llegada de nuevas tecnologías de comunicación a la Colombia de la época. Con su publicación a distancia y de los artículos que durante sus años allí dio a la imprenta de diversos medios como la *Revista Sábado en Antioquia*, *El Espectador* en Bogotá o en su propio *Sur América*, León-Gómez tiende puentes y rompe, metafóricamente, el alambre de púas entre el lazareto y el mundo fuera de él. Lo que hace con su escritura también lo hace como «poeta popular». Su poema más conocido —«Las noches de

[XLII] Agua de Dios»—, publicado en *La Ciudad del Dolor*, fue musicalizado tempranamente por Calvo, como vimos, y también por Carlos Vieco Ortiz en 1924 (Arango de Tobón), para ser grabado por la RCA Victor en interpretación del famoso dúo español Moriche y Utrera en 1927 (disco Victor 79229)⁴. En sus primeras estrofas dice:

Los que en ensueños de amor
hacen de risa derroche
no saben lo que es la noche
de la Ciudad del Dolor.

Si lo supieran lloraran
con tan hondo inconsuelo
que las estrellas del cielo
por no llorar pestañearan.
(199)

Como un «aura de cementerio», tal como se define el propio poema en posteriores versos, la música y la letra espirituales del poema imaginan una escena comunal con la que se invita a los escuchas urbanos, a través de la victrola, a ir sónicamente a Agua de Dios por la noche. La canción vuelve sobre los temas centrales del libro: el último adiós, la oscuridad, el entierro en vida y la soledad, con el fin de generar lo contrario: ver y oír lo ocultado para crear una comunidad en el contacto por el aire —allí vive la escucha y no el contagio— usando la fascinación por lo

4 Entre otros compositores que musicalizaron poemas suyos está Rafael Escalona, quien popularizó «En la cruz», contenido en *La Ciudad del Dolor*. Con algunos cambios que lo hicieron una canción de amor, más que de sufrimiento, Escalona la renombró «El arcoíris». Algunos intérpretes como Iván Villazón y Carlos Vives la han popularizado entre las nuevas generaciones.

macabro para politizar el ocio del acto de escuchar música. Otra de las tecnologías de la época, tal como el alambre de púas o el tren, aquí el poema musicalizado reproducido técnicamente en la victrola, sin embargo, revela lo escondido como un viaje entre el no saber («[los sanos] no saben lo que es la noche», dice el poema-canción) y el saber («si lo supieran lloraran...», continúa) que conecta a «sanos» y enfermos a través de la emoción y el conocimiento. Al hablar del impacto de las versiones musicalizadas de Amado Nervo en México, por los mismos años de estas de León-Gómez, Carlos Monsiváis dice: «Saberse puntualmente a los poetas es asumir los ritmos prestigiosos del habla y la escritura es hallar por doquier hermanos en la rima y la metáfora» (124). La «magia» de convertir la voz del poeta en voz popular —olvidar al autor y hacerlo voz sin nombre que es voz de muchas voces— y hacer de sus poemas un lugar de encuentro entre «hermanos», es posible, precisamente, por la compresión espaciotemporal habilitada por las tecnologías de la escucha, la victrola, otro de los costados de la modernización de la época (Cortés Polanía 156). Con el ánimo de rehacer una comunidad que había segregado a una de sus partes, con el libro que el lector tiene en las manos, León-Gómez logra, gracias a los «disfraces» del arte, como los llama él, tender lazos de empatía a través de los usos políticos de lo macabro que sobreviven en su escritura.

REFERENCIAS

- ALZATE**, Carolina. «Prólogo». Acosta de Samper, Soledad. *Dolores*. Colección Relecturas. Universidad de los Andes, Universidad EAFIT, Universidad Nacional de Colombia, 2021.
- ALVARADO TENORIO**, Harold. «Prólogo». Julio Flórez. *Poesía escogida*. El Ancora Editores, 1988.

- [XLIV] **ANÓNIMO.** «El Dr. Adolfo León-Gómez lazarino». *Libertad y Orden: interdiario político, de información y variedades*, núm. 48, junio 17 de 1919.
- ARANGO DE TOBÓN**, María Cristina. *Espectadora de primera fila: selección de crónicas y entrevistas 1981-1995*. Universidad EAFIT, 2020.
- CASTRO-GÓMEZ**, Santiago. *Tejidos oníricos: movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*. Universidad Javeriana, 2002.
- CORTÉS POLANÍA**, Jaime. *La música nacional y popular colombiana en la colección Mundo al día (1924-1938)*. Universidad Nacional de Colombia, 2004.
- DE LA CERDA**, Gabriela. «Discusión historiográfica sobre el origen de lo macabro». *Intus-Legere Historia*, año 10, núm. 1, pp. 29-51.
- FRANKY**, Guillermo. *Amelia*. Cromos, 1924.
- GARZÓN CÁRDENAS**, Ricardo. «Adolfo León-Gómez y el presidio en el primer cuarto del siglo XIX». *Novum Jus*, vol. 11, núm. 1, 2017, pp. 129-142.
- GÓMEZ RIVAS**, Fernando. *Federico Rivas Frade: su obra poética, su vida y anécdotas bogotanas*. Oveja Negra, 1999.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT**, Rafael. «Julio Flórez, un problema sociológico». *Ensayos de literatura colombiana II*. Ediciones Aula, 2011, pp. 61-77.
- . «Bohemia de cachacos». *Ensayos de literatura colombiana I*. Ediciones Aula, 2011, pp. 37-46-77.
- LEÓN HELGUERA**, Joseph. «Adolfo León-Gómez, 1858-1927: An Early 20th-Century Colombian Nationalist and Anti-Imperialist». *History of European Ideas*, vol. 15, núm. 1, 1992, pp. 407-419.
- LEÓNGOMEZ AMADOR**, Jorge. *Semblanza de Adolfo León-Gómez*. Talleres gráficos Montoya y Araujo, 1987.
- LEÓN-GÓMEZ**, Adolfo. *La Ciudad del Dolor: ecos del cementerio de enterrados vivos y del presidio de inocentes*. Sur América, 1927.

- _____. *Al través de la vida*. Sur América, 1917. [XLV]
- _____. «De cómo conseguí un consulado». *Revista de Santa Fe y Bogotá*, 1927, pp. 49-54. [Firmado diciembre de 1926].
- _____. «La Lepra». *Sur América: por la Patria y por la Raza*, núm. 47.
- _____. «Discurso de Adolfo León-Gómez, presidente saliente». *Boletín de Historia y Antigüedades*, año vi, núm. 65, octubre de 1910, pp. 289-292.
- _____. «Julio Flórez». *Sur América: por la Patria y por la Raza*, núm. 1720.
- LEONGÓMEZ**, Ernesto. «Puñalada vil». *Sur América: por la Patria y por la Raza*, núm. 1278.
- MELO**, Jorge Orlando. «De Carlos E. Restrepo a Marco Fidel Suárez. Republicanismo y gobiernos conservadores». *Nueva Historia de Colombia*, volumen I, Planeta, 1989, pp. 215-243.
- MELO RIVERA**, Carolina. «La enfermedad del horror y el olvido. El caso de Adolfo León-Gómez». *Revista Salud Historia Sanidad*, vol. 9, núm. 2, 2014, pp. 133-148.
- MONSIVÁIS**, Carlos. *Aires de familia: cultura y sociedad en América Latina*. Anagrama, 2000.
- MOLANO JIMENO**, Alfredo. «Adolfo León-Gómez, el desterrado (1858-1927)». Tesis de pregrado, Pontificia Universidad Javeriana, 2015.
- OBREGÓN TORRES**, Diana. *Batallas contra la lepra. Estado, medicina y ciencia en Colombia*. Banco de la República y Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2002.
- _____. «Corregir el cuerpo social. Vacunación antivariólica e higiene en Colombia, 1840-1922». *Cuerpos anómalos*, editado por Max Hering Torres, Universidad Nacional de Colombia, 2008.
- OTERO RUIZ**, Efraín. *Adolfo León-Gómez (1858-1927). Republicano, poeta y mártir*. Texto inédito.

- [XLVI] **OSPINA ROMERO**, Sergio. *Dolor que canta. La vida y la música de Luis A. Calvo en la sociedad colombiana del siglo xx*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2017.
- PEÑA**, Isaías. *Breve historia de José Eustasio Rivera*. Cooperativa Editorial Magisterio, 1988.
- PLATARRUEDA VANEGAS**, Claudia Patricia. *La voz del proscrito: experiencia de la lepra y devenir de los lazaretos en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia, 2019.
- SERPA-FLÓREZ DE KOLBE**, Gloria. *Todo nos llega tarde: biografía del poeta colombiano Julio Flórez*. Planeta, 1994.
- SONTAG**, Susan. *La enfermedad y sus metáforas*. Muchnick Editores, 1981.
- ZULUAGA**, Pedro Adrián. *Literatura, enfermedad y poder en Colombia: 1896-1935*. Universidad Javeriana, 2012.

Bibliografía

SELECCIÓN DE PUBLICACIONES DE ADOLFO LEÓN-GÓMEZ

- LEÓN-GÓMEZ**, Adolfo. *La comedia política. Juguete cómico en un acto*. Imprenta de la Luz, 1882.
- . *El soldado: drama en verso*. Sin editorial, 1892.
- . *Secretos del panóptico*. Editorial de Medardo Rivas, 1905.
- . «Discurso de Adolfo León-Gómez, presidente saliente». *Boletín de Historia y Antiguedades*. Año vi, núm. 65, octubre de 1910, pp. 289-292.
- . *El tribuno de 1810*. Imprenta Nacional, 1910.
- . *Ofrenda a la patria*. Sur América, 1910.
- . *Hojas dispersas*. Sur América, 1913.
- . *Al través de la vida*. Sur América, 1917.
- . *La Ciudad del Dolor: ecos del presidio de inocentes*. Sur América, 1923.
- . «De cómo conseguí un consulado». *Revista Santa Fe y Bogotá*, 1927, pp. 49-54.
- . *Hacia la luz (siguiendo a Kempis)*. Talleres editoriales de Libre-
ría Voluntad, 1956.

[XLVIII] SELECCIÓN DE PUBLICACIONES SOBRE ADOLFO LEÓN-GÓMEZ Y SU ÉPOCA

Boyacá a Julio Flórez. El caballero del romanticismo. Primer Centenario de su nacimiento. Imprenta Departamental, 1967.

CASTRO-GÓMEZ, Santiago. *Tejidos oníricos: movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*. Universidad Javeriana, 2002.

DEAS, Malcolm. *Las fuerzas del orden y once ensayos de historia de Colombia y las Américas*. Taurus, 2017.

—. *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Taurus, 2006.

GONZÁLEZ ESPITIA, Juan Carlos. *On the Dark Side of the Archive: Nation and Literature in Spanish America at the Turn of the Century*. Bucknell UP, 2010.

GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. «Julio Flórez, un problema sociológico». *Ensayos de literatura colombiana II*. Ediciones Aula, 2011, pp. 61-77.

—. «Bohemia de cachacos». *Ensayos de literatura colombiana I*. Ediciones Aula, 2011, pp. 46-77.

LANGEBAEK RUEDA, Carl Henrik y Natalia Robledo Escobar. *Utopías ajenas. Evolucionismo, indios e indigenistas. Miguel Triana y el legado de Darwin y Spencer en Colombia*. Universidad de los Andes, 2014.

LEONGÓMEZ AMADOR, Jorge. *Semblanza de Adolfo León-Gómez*. Talleres gráficos Montoya y Araujo, 1987.

—. *Homenaje al poeta Adolfo León-Gómez, benemérito hijo de Pasca*. Sin editorial, 1987.

MARTÍNEZ MUTIS, Aurelio. *Julio Flórez, su vida y su obra*. Instituto Caro y Cuervo, 1973.

MELO, Jorge Orlando. «De Carlos E. Restrepo a Marco Fidel Suárez. Republicanismo y gobiernos conservadores». *Nueva historia de Colombia*, vol. 1, Planeta, 1989.

- MORA**, Luis María. *Los contertulios de La Gruta Simbólica*. Editorial Minerva, 1936. [XLIX]
- MUÑOZ ROJAS**, Catalina. *Los problemas de la raza en Colombia. Más allá del problema racial: el determinismo geográfico y las «dolencias sociales»*. Universidad del Rosario, 2011.
- MOLANO JIMENO**, Alfredo. «Adolfo León-Gómez, el desterrado (1858-1927).» Tesis de pregrado, Pontificia Universidad Javeriana, 2015.
- NOUZEILLES**, Gabriela. *Ficciones somáticas: naturalismo, nacionalismo y política médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*. Beatriz Viterbo, 2000.
- OBREGÓN TORRES**, Diana. *Batallas contra la lepra. Estado, medicina y ciencia en Colombia*. Banco de la República y Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2002.
- OTERO RUIZ**, Efraín. *Adolfo León-Gómez (1858-1927). Republicano, poeta y mártir*. Texto inédito.
- ORTEGA RICAURTE**, José Vicente y Antonio (Jetón) Ferro. *La Gruta Simbólica y reminiscencias del ingenio y la bohemia en Bogotá*. Banco Popular, 1981.
- OSPINA ROMERO**, Sergio. *Dolor que canta. La vida y la música de Luis A. Calvo en la sociedad colombiana del siglo xx*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2017.
- PEÑARETE**, Fabio. *Así fue La Gruta Simbólica*. Tipografía Hispana, 1972.
- PLATARRUEDA VANEGAS**, Claudia Patricia. *La voz del proscrito: experiencia de la lepra y devenir de los lazaretos en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia, 2019.
- SANÍN CANO**, Baldomero. *Letras colombianas*. Editorial EAFIT, 1984.
- SERPA-FLÓREZ DE KOLBE**, Gloria. *Todo nos llega tarde: biografía del poeta colombiano Julio Flórez*. Planeta, 1994.

- [L] **SIERRA MEJÍA**, Rubén, editor. *El radicalismo colombiano del siglo XIX*. Universidad Nacional de Colombia, 2012.
- _____. *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*. Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- SOTO BORDA**, Clímaco. *Diana Cazadora*. Villegas Editores, 1988.
- VILLEGAS**, Jorge y José Yunis. *La Guerra los Mil Días*. Carlos Valencia Editores, 1979.
- ZULUAGA**, Pedro Adrián. *Literatura, enfermedad y poder en Colombia: 1896-1935*. Universidad Javeriana, 2012.

Cronología de Adolfo León-Gómez*

AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
1857	El 19 de septiembre nace en la hacienda familiar de El Retiro en Pasca (Cundinamarca). Hijo de Rosa Gómez de León y de Anselmo León Bustos. Nieto de Josefa Acevedo, la primera escritora civil de la república y bisnieto de José Acevedo y Gómez, prócer republicano. Muchas biografías lo dan por nacido en 1858. Su hijo Jorge Leongómez Amador encontró su acta de bautismo en Pasca con la fecha de 1857 (véase <i>Semblanza</i>).	Primeras elecciones en Colombia tras la expedición de la Constitución de 1853. En ellas se enfrentaron Manuel Murillo Toro por el Partido Liberal, Mariano Ospina Rodríguez por el Conservador, y el general Tomás Cipriano de Mosquera por un partido conformado por liberales disidentes llamado Partido Nacional. Mariano Ospina Rodríguez triunfa en la contienda. Octava expedición de la Comisión Corográfica al actual departamento del Huila y el extremo sur del río Magdalena.

* Elaborada por Felipe Martínez Pinzón.

[LII]	AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
	1858	Muerte de su padre, Anselmo León Bustos.	Primera constitución federalista, expedida durante el gobierno conservador de Mariano Ospina Rodríguez.
	1860-		Publicación de los primeros ocho capítulos de la novela <i>Manuela</i> de Eugenio Díaz Castro en el periódico El Mosaico, órgano impreso de la tertulia bogotana del mismo nombre.
	1862		Golpe de Estado del general Mosquera al presidente Mariano Ospina Rodríguez. Guerra civil y triunfo liberal.
	1863	Ingresa al colegio dirigido por Ricardo Carrasquilla.	Se expide la Constitución de Rionegro. Se establece la república federalista y liberal por más de veinte años. Los conservadores no accederían al poder sino hasta 1880.
	1867	Cursa sus estudios de secundaria en el colegio Pío IX.	Se publican <i>Dolores</i> de Soledad Acosta de Samper y <i>María</i> de Jorge Isaacs, las dos novelas fundacionales acerca de las relaciones entre enfermedad, género y nación.
	1876-	Cursa sus estudios de Derecho en el colegio	Guerra civil, llamada Guerra de las Escuelas,
	1877		

AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
	de José Vicente Concha (padre). Se gradúa del Colegio de Nuestra Señora del Rosario.	por el control, religioso o laico, de la educación. Triunfo liberal y crisis del proyecto radical. Aparece <i>Cantos populares de mi tierra</i> del poeta momposino Candelario Obeso.
1879	Publica en la imprenta de Medardo Rivas su obra teatral satírica <i>Enfermedades políticas: juguete cómico en un acto y en verso.</i>	
1880		El político cartagenero Rafael Núñez llega por primera vez al poder. El antiguo intelectual del radicalismo liberal pacta con los conservadores y asciende a la presidencia. Núñez dominará la escena política durante los siguientes catorce años hasta su muerte en 1894. Su ascenso al poder es vivido por los radicales como una traición.
1882	Publica <i>La comedia política: juguete cómico en un acto</i> obra satírica sobre los desastres de las guerras civiles y la política parlamentaria en Colombia. Publica el periódico <i>El Bogotano.</i>	

[LIV]	AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
	1883		Aparece <i>Horas</i> , el primer libro de poemas de Julio Flórez.
	1886	Algunas de sus poesías son incluidas en la antología <i>La Lira Nueva</i> de José María Rivas Groot. Aparecen allí, también, las de su hermano Ernesto León Gómez (no confundir con el primogénito de Adolfo León-Gómez, Ernesto Leongómez), las de Julio Flórez, Candelario Obeso y las de José Asunción Silva, entre otros. Esta antología lo establece como una promesa de las letras colombianas.	Se promulga la constitución centralista y conservadora de 1886.
	1889		Inauguración del Ferrocarril de Cundinamarca. Una de sus líneas, la del Ferrocarril de la Sabana, que conducía de Bogotá hasta el puerto fluvial de Girardot, en el río Magdalena, sería tomada por León-Gómez, años después, camino a su destierro en Agua de Dios.
	1890	Publica con su hermano Ernesto León Gómez un tomo conjunto de poemas titulado <i>Poesías</i> .	
	1891		Adriano Páez publica <i>Viaje al país del dolor</i> .

AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO	[LV]
1892	Publicación del drama <i>El soldado: drama histórico</i> , basado en el cuadro de costumbres homónimo de su abuela, Josefa Acevedo, y que hizo parte de su colección <i>Cuadros de la vida privada de algunos granadinos</i> (1861). La obra <i>El soldado</i> es prologada por Jorge Isaacs. Censurada por el gobierno conservador, es una pieza acerca del reclutamiento forzado de las poblaciones más desfavorecidas. Tras la Guerra de los Mil Días, ganando nueva vigencia, vuelve a aparecer en 1903. Muere su hermano Ernesto León Gómez, sobre quien publica ese año la corta biografía <i>A la memoria de Ernesto León Gómez</i> .	Se publica la <i>Revista Gris</i> , órgano literario que estimula las nuevas corrientes del modernismo. Allí publica León-Gómez poemas populares tuyos como «El punto céntrico».	
1894	Con otros abogados como Vicente Olarte Camacho, funda la Academia de Jurisprudencia.		
1895	León-Gómez se encuentra en Facatativá cuando estalla la guerra de 1895. No hace parte activa de ella. Deja escrito un testimonio de esta en el texto, «Historia de un fusilamiento en Facatativá», incluido en <i>Hojas dispersas</i> .	Revolución liberal liderada por Rafael Uribe Uribe y nueva guerra civil. Triunfo conservador y ascenso a la política nacional del general triunfador, Rafael Reyes.	

[LVI]	AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
	1896		Se suicida el poeta bogotano José Asunción Silva.
	1898	Hace parte activa de la publicación <i>El Pabellón Americano</i> . Este periódico fue el órgano escrito del Club Maceo de Colombia, del cual fue presidente León-Gómez, congregación política con varias sedes en el país y que apoyó a los independentistas cubanos en su guerra contra España.	
	1899	Es designado, junto con Ruperto Ferreira, miembro de la Comisión Demarcadora de Límites con Venezuela. Los trabajos son interrumpidos por la Guerra de los Mil Días.	Estalla la Guerra de los Mil Días, liderada por los generales Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera. Se extenderá hasta 1902. Será la guerra civil más sangrienta del siglo XIX.
	1900		En medio de la Guerra de los Mil Días, se funda la tertulia La Gruta Simbólica, auspiciada por su mecenas, Rafael Espinosa Guzmán, y su periódico <i>La Gruta</i> , dirigido por Federico Rivas Frade (Gómez Rivas 138). Aparece la novela <i>Ibis</i> (1900) de José María Vargas Vila.

AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
1901	Recluido en el Panóptico como intelectual liberal y opositor del gobierno conservador durante la Guerra de los Mil Días.	
1902	Funda con otros intelectuales la Academia Colombiana de Historia. Funda, edita y colabora en el <i>Boletín de Historia y Antigüedades</i> , su principal órgano de difusión.	
1903	En respuesta a la separación de Panamá, León-Gómez funda el periódico <i>Sur América: por la patria y por la raza. Órgano de la integridad colombiana</i> . Con interrupciones debidas a censuras, el periódico aparecerá hasta 1928 y publicará textos de figuras continentales como Rubén Darío («A Roosevelt» aparece en sus páginas en 1904) y nacionales como Soledad Acosta, Julio Flórez o José María Vargas Vila (en su periódico aparece <i>Ante los bárbaros</i> , de 1903), entre muchos otros. En sus páginas José Eustasio Rivera publicará sus primeros poemas en Bogotá en 1907.	El 3 de noviembre Panamá se declara independiente con el apoyo militar y político de los Estados Unidos. Se empieza a publicar el suplemento cultural del periódico <i>El Nuevo Tiempo</i> con el nombre <i>El Nuevo Tiempo Literario</i> (con interrupciones hasta 1919) que inauguraría una nueva manera de hacer crítica literaria en el país. Allí publica poemas León-Gómez.

[LVIII]	AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
	1904		<p>Se inaugura el llamado quinquenio del general Rafael Reyes (1905-1909). Durante su gobierno se reinician con más ahínco las obras de los ferrocarriles, se incorporan antiguos enemigos políticos al gobierno, se abre el país a la United Fruit Company, se entregan las primeras concesiones petroleras y se continúa la práctica de la censura de la prensa. Francisco de Paula Rendón publica la novela <i>Inocencia</i>. Este puede ser el título de uno de los textos que León-Gómez menciona y que decide llevarse al destierro junto con María de Jorge Isaacs, <i>La imitación de Cristo</i> de Kempis y las <i>Reminiscencias de Santafé</i> y <i>Bogotá</i> de J. M. Cordovez Moure, posiblemente.</p>
1905		Publica <i>Secretos del Panóptico</i> acerca de su tiempo en prisión durante la Guerra de los Mil Díaz. El periódico <i>Sur América</i> es suspendido por un año debido a un artículo denominado «Menos diplomáticos más patriotismo». Tras múltiples	<p>Aparecen los poemarios <i>Ritos</i> de Guillermo Valencia y <i>Cardos y lirios</i> de Julio Flórez.</p>

AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
	protestas de diarios de todas partes del país, el periódico vuelve a circular en 1907.	
1906	Publica la pieza teatral <i>Sin nombre: pieza teatral en tres actos y en verso.</i>	La lepra es declarada calamidad pública.
1907	León-Gómez es elegido conjuez de la Corte Suprema de Justicia.	
1908	Muere su esposa Dorila Amador el 16 de febrero en el parto de su décimo hijo.	
1909	Es confinado brevemente a prisión en el Panóptico, por tercera vez, debido a sus artículos de prensa contrarios al gobierno del general Reyes. Viaja a Venezuela para los festejos del centenario de la Independencia de Colombia. Como reconocimiento a su oposición al gobierno Reyes, León-Gómez es elegido al congreso por la Unión Republicana encabezada por el futuro presidente Carlos E. Restrepo. En el congreso encabeza los esfuerzos para hacer una política internacional más agresiva y acabar con el reclutamiento forzado de las clases populares (Helguera 409),	Ante las grandes protestas populares, cae el presidente Rafael Reyes y se exilia en Francia. Muere el ensayista liberal Carlos Arturo Torres en Venezuela. Adolfo León-Gómez asiste a su entierro y ofrece unas palabras.

[LX]	AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
		una vieja obsesión suya que había inspirado artículos de prensa y obras literarias de su autoría.	
1910		<p>Publica <i>Ofrenda a la patria</i>. Dirige la Academia Colombiana de Historia y lidera desde allí los preparativos para la celebración del primer centenario de la Independencia. Como director del <i>Boletín de historia y antigüedades</i>, publica, entre otros textos, biografías de varios familiares suyos como las del poeta Ernesto León Gómez, la del coronel y bibliófilo, amigo de la familia, Anselmo Pineda, la del dramaturgo Luis Vargas Tejada y la de su primo Ruperto Ferreira. Es representante de Colombia en Caracas en los festejos del centenario de 1910. Como parte de las celebraciones, la Imprenta Nacional publica <i>El tribuno de 1810</i>, una biografía de su bisabuelo José Acevedo y Gómez con valiosa documentación sobre otros intelectuales granadinos,</p>	<p>El general conservador Ramón González Valencia recibe poderes presidenciales del designado Jorge Holguín y acaba el mandato de Reyes, al que le faltaba un año para terminar su periodo constitucional. Este año se conocerá como «el año cristiano» por su pacifismo (Melo 224). Se publica <i>Contribución al estudio de la lepra en Colombia</i>, del jefe científico de los lazaretos nacionales, Juan Bautista Montoya y Flórez. Se funda el periódico <i>El Gráfico</i>. Por varias décadas cubrirá el acontecer literario, social y artístico nacional, hasta su desaparición en 1941. Nutrido de fotografías, entrevistas y reportajes, con él se funda el moderno magazine colombiano. Ascenso del presidente Carlos E. Restrepo por la Unión Republicana</p>

AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
	<p>antepasados suyos, como Luis Vargas Tejada, Josefa Acevedo y Diego Fernando Gómez. Este libro, además de otros, fue incluido dentro de una urna que el concejo de Bogotá ordenó construir en 1910 para reabrirla 100 años después. Fue abierta en el 2010.</p>	<p>(1910-1914). Reforma constitucional para crear una convivencia pacífica entre los partidos. Abolición de la pena de muerte y la creación «de bases para una vida política más democrática y laica» (Melo 240). Celebración del Centenario de la Independencia de Colombia. El ingeniero y escritor liberal, Miguel Triana, publica <i>Revista de Colombia: volumen del centenario</i> en la que hace un viaje panorámico a través de fotografías y textos por la geografía de Colombia y de sus gentes. Los abogados Jesús María Henao y Gerardo Arruba, con motivo del Centenario, ganan el concurso de historia nacional con la obra <i>Compendio de historia de Colombia</i>. A partir de entonces, y por varias décadas, este texto se constituiría en la principal herramienta pedagógica en colegios promoviendo una visión conservadora, hispánica y católica del país.</p>

[LXII]	AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
1911		Ataque a la entonces guarnición y puesto aduanero colombiano en La Predera, sobre el río Caquetá (hoy en el departamento del Amazonas colombiano), por parte de un destacamento de soldados peruanos. El breve conflicto se solucionó a favor de los colombianos y puso de presente —reviviendo— los fantasmas de Panamá en otros territorios fronterizos.	
1913		Aparecen sus artículos biográficos <i>Hojas dispersas</i> y su tomo de <i>Fábulas morales</i> con un claro trasfondo satírico y político.	Muere la escritora Soledad Acosta de Samper.
1914		Publica la compilación de composiciones suyas <i>Poesías</i> en la imprenta de <i>Sur</i> <i>América</i> .	Firma del tratado Urrutia- Thomson entre Colombia y Estados Unidos para normalizar relaciones entre ambos gobiernos tras la separación de Panamá. Sube a la presidencia el conservador José Vicente Concha, con el apoyo de liberales como Rafael Uribe Uribe, en contra de la Unión Republicana de Carlos E. Restrepo. Los republicanos y los liberales liderados por el general Benjamín Herrera

AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
1915	Publicación del «Manifiesto del Partido Republicano» en las páginas del periódico <i>Sur América</i> . Con nombres como el del propio León-Gómez, Nicolás Esguerra y Simón Araujo, ese manifiesto pide, entre otras cosas, una reforma educativa que privilegie la educación técnica y agrícola; una reforma al sistema consular que profesionalice la carrera diplomática y una reforma tributaria que contribuya a hacer posible una vivienda para las clases trabajadoras. En su periódico León-Gómez también publica, de	escogieron a Nicolás Esguerra. Estalla la primera guerra mundial. Colombia se declara neutral. Es asesinado el general e intelectual liberal Rafael Uribe Uribe. En el periódico <i>Sur América</i> aparece un número en homenaje al líder caído. Julio Flórez publica su poema «El entierro del sol» a propósito del asesinato. Allí el poeta chiquinquireño llama al líder caído el «sol de la democracia verdadera». Primera rebelión indígena liderada por Quintín Lame en el Cauca colombiano. Al año siguiente el líder e intelectual indígena sería apresado, procesado y condenado. Estaría en la cárcel hasta 1921.

[LXIV]

AÑO

ADOLFO LEÓN-GÓMEZ

CONTEXTO HISTÓRICO

mano propia, pero también de la pluma de otros, fuertes críticas al Tratado Urrutia-Thompson, que estaba todavía pendiente de aprobación por parte del Congreso de ambos países.

1916 Ante la muerte del poeta nicaraguense, Rubén Darío, ocurrida este año, León-Gómez escribe en su periódico el artículo «Rubén Darío», en el que sostiene que era «iniciador de la poesía moderna» y «el gran poeta del continente», tras lo cual publica sus sonetos «Colombia» y «España» (*Sur América* 772, 12 de febrero de 1916).

Aparece *La demencia de Job* (1916) de José María Vargas Vila que cuenta con la enfermedad de la lepra como su principal protagonista. Rebelión popular en los Llanos colombianos, liderada por el santanderano Humberto Gómez, quien declaró la «República de Arauca». El gobierno conservador apaga violentamente esta nueva crisis fronteriza. Aparece la obra de teatro *Como los muertos* de Antonio Álvarez Lleras, llevada al cine en 1925 por Pedro Moreno Garzón y Vicente Di Domenico. Su tema central es la lepra.

1917 Aparece su compilación pedagógica de máximas y recuerdos personales *Al través de la vida* al igual que sus reflexiones sobre ley y moral en *El poder judicial*.

AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
1918	Su hijo Ernesto Leongómez Amador se hace cargo de la dirección de su periódico <i>Sur América</i> . León-Gómez continúa publicando allí hasta su muerte. Es nombrado parte del Comité Asesor del Ministerio de Relaciones Exteriores. Los embajadores de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, protestan (Helguera 410). Renuncia tras no recibir el apoyo del gobierno. En comunicación secreta de la embajada de Estados Unidos en Colombia al secretario de Estado norteamericano se le informa que Ernesto Leongómez Amador «...hijo de Adolfo León-Gómez, propietario de <i>Sur America</i> , un diario violentamente antiamericano» estaba afiliado a los comités de respaldo de Alemania durante la guerra (Helguera 409). No se ha confirmado esta afiliación.	Sube a la presidencia el escritor y filólogo Marco Fidel Suárez en representación del conservadurismo más tradicional. Le gana la contienda electoral al poeta payanés Guillermo Valencia, apoyado por los conservadores más pragmáticos, los liberales y los republicanos. Cambio de la política internacional orientando la economía hacia Estados Unidos y a mejorar las relaciones diplomáticas con el país del norte bajo la consigna de Suárez de mirar hacia el norte (<i>réspice polum</i>). Luis Eduardo Nieto Caballero (LENC) publica <i>Colombia joven</i> , una compilación de pequeñas biografías de cien promesas de la intelectualidad colombiana en las artes y las ciencias. Con el tiempo pasará a hacer el panorama de las voces y personalidad de la generación llamada del Centenario o Centenarista.

[LXVI]	AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
	1919	El 1. ^o de julio, por voluntad propia y debido a impresos conservadores anónimos, en particular uno aparecido en el periódico <i>Libertad y orden</i> de Manizales, en donde se lo denuncia como «lazarino», decide desterrarse por voluntad propia a Agua de Dios. En el número 1278 de <i>Sur América</i> (3 de julio) su hijo Ernesto publica «Puñalada vil» reaccionando a este anónimo. Sus hijas Ana y Elvira compartieron con él alternativamente su destierro hasta su muerte (Leongómez Amador 24).	Protesta de artesanos, con violentas consecuencias, ante la casa presidencial por la decisión del gobierno de comprar uniformes militares en el extranjero.
	1920	Durante sus ocho años en Agua de Dios publica, constante e infatigablemente, artículos acerca de las condiciones del Lazareto y el tratamiento de los enfermos en el periódico <i>Sur América</i> , pero también en otros como <i>El Tiempo</i> , <i>El Espectador</i> , la revista <i>Sábado</i> (Medellín) y la revista <i>Santafé y Bogotá</i> . Varios de esos artículos harían parte de <i>La Ciudad del Dolor</i> . León-Gómez también escribiría en esos años sobre otros	Entre el 21 de mayo y el 12 de julio de ese año se dictan influyentes conferencias en el Teatro Municipal por parte de médicos, sociólogos, exmilitares y políticos en torno a las aptitudes del pueblo colombiano para modernizar al país. Las conferencias oscilaron entre considerarlo o bien degenerado por el mestizaje, el clima cálido y la enfermedad tropical, o bien un cuerpo social

AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
	temas, entre ellos, bocetos biográficos sobre Luis Vargas Tejada, cuentos y ensayos políticos. En la revista <i>El Gráfico</i> , del 7 de febrero de 1920, aparece un reportaje de Nicolás Bayona Posada sobre Agua de Dios titulado «Con los prisioneros de Agua de Dios». Incluye dos cortas viñetas de sus encuentros en esa ciudad con Luis A. Calvo y Adolfo León-Gómez (el nombre de este último aparece anonimizado).	regenerable a través de la profilaxis y la educación. Las conferencias fueron publicadas este año bajo el título <i>Los problemas de la raza</i> en Colombia.
1921	En la revista antioqueña <i>Sábado</i> publica los textos «El carrousel» y «El regalo de Navidad».	Se publica en Agua de Dios el periódico <i>Anarkos. Literatura y variedades. Órgano de la sociedad literaria Guillermo Valencia</i> .

[LXVIII]

AÑO

ADOLFO LEÓN-GÓMEZ

CONTEXTO HISTÓRICO

Creación de la Tropical Oil Company en Barrancabermeja, sobre concesiones dadas desde el gobierno del general Reyes.

1922 En el número 1601 de febrero 21 de *Sur América* publica el artículo «La literatura de lazareto» en el que reflexiona sobre los lugares comunes, en ocasiones grotescos o desinformados, que tienen los escritores para referirse tanto a la enfermedad de la lepra como a Agua de Dios. Antes de publicar *La Ciudad del Dolor* allí escribe: «Hay una literatura *sui generis*, horripilante, macabra, destinada a ponderar lo que no es tan terrible, a afianzar los prejuicios y a propalar lo que no es cierto de los lazaretos, mientras se callan, por ignacina o por interés, las injusticias, los fraudes y los abusos que en aquellos antihigiénicos presidios se comenten».

Llega a la presidencia el general conservador Pedro Nel Ospina. Entra a la economía nacional la indemnización de Estados Unidos a Colombia por la pérdida de Panamá. El flujo de divisas por esta indemnización, además de aquellas provenientes del boom cafetero y de los préstamos para realizar obras públicas, serían conocidas como la «Danza de los millones». Durante su gobierno llega al país la llamada misión Kemmerer para organizar las finanzas estatales. Demarcación definitiva de la frontera con Venezuela por fallo del Consejo Federal Suizo, a quien ambos gobiernos le habían dado poderes para decidir acerca de la controversia. Aparece el texto del padre jesuita Daniel Restrepo, *Memorias de una leprosa*. El texto acumula siete ediciones en cinco años.

AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
1923	Se publica en Bogotá la primera edición de <i>La Ciudad del Dolor</i> con el subtítulo <i>Ecos del presidio de inocentes</i> , en la imprenta del periódico de los León-Gómez <i>Sur América</i> . El libro verá dos ediciones más, una en 1924 y otra en 1927.	Coronación de Julio Flórez como poeta nacional en Usiacurí. Desde Agua de Dios y para su coronación, León-Gómez envía una cuarteta de versos en homenaje al poeta boyacense. Muere Flórez. Melquisedec Toro publica <i>Elvia o ecos del presidio de inocentes</i> .
1924	Se publica con algunos cambios y añadiduras la segunda edición de <i>La Ciudad del Dolor</i> .	En noviembre aparece <i>La vorágine</i> de José Eustasio Rivera, así como la novela <i>Amelia</i> de Guillermo Franky. En esta última León-Gómez aparece como personaje.
1925	Llega a dos mil ediciones el periódico <i>Sur América</i> . León-Gómez sigue publicando en él, desde Agua de Dios, editoriales y artículos sobre la actualidad política y sobre los problemas de los lazaretos y la salud pública. Continúa publicando aforismos y chascarrillos políticos en la sección «Pensamientos» del periódico.	Aparece la Revista <i>Los Nuevos</i> , con la dirección de Felipe Lleras Camargo. En ella participa la generación de escritores que pasaría a la historia literaria bajo el mismo nombre de la revista. Incluirá poetas vanguardistas como León de Greiff, Luis Vidales y periodistas de izquierda como Luis Tejada, además de intelectuales como Germán Arciniegas y futuro presidentes liberales como Alberto Lleras

[LXX]

AÑO

ADOLFO LEÓN-GÓMEZ

CONTEXTO HISTÓRICO

Camargo. Publicación póstuma de *De sobremesa* de José Asunción Silva.

Aparecen *Los apuntamientos para la historia de Agua de Dios* de Antonio Gutiérrez Pérez y el texto *La leyenda de los duendes, en peregrinación al lazareto* de Alberto Uribe Holguín.

Melquisedec Toro publica *Persecución e infortunio*, novela cuyo tema también es la lepra.

1926 Su hijo Ernesto Leongómez publica el opúsculo *Los parias ante la ley colombiana* en el cual hace una reconstrucción de cómo la legislación colombiana hizo de los enfermos de lepra unos excluidos de cualquier beneficio de la ciudadanía y una nueva clase, inferior, frente al resto de los colombianos. Adolfo León-Gómez publica «La pesadilla de Agua de Dios» en *El Tiempo* del domingo 30 de mayo.

Sube a la presidencia el conservador Miguel Abadía Méndez, último presidente de la Hegemonía Conservadora. Organizaciones obreras del sistema de ferrocarriles y de la Tropical Oil Company organizan manifestaciones en contra del gobierno.

1927 Muere en Agua de Dios de uremia el 10 de junio (Leongómez Amador 22).

Muere el cronista y viajero modernista Enrique Gómez Caririllo. Se publica la

AÑO	ADOLFO LEÓN-GÓMEZ	CONTEXTO HISTÓRICO
1927	Sus restos son velados en la iglesia de la Veracruz, luego trasladados al Cementerio Central y, de ahí, más recientemente, a la iglesia de Lourdes en donde hoy reposan con los de su esposa Dorila Amador en el mausoleo familiar.	novela <i>Cosme</i> de José Félix Fuenmayor.
1956	Se publica póstumamente, en Bogotá, su libro <i>Hacia la luz</i> .	Asesinato de Guadalupe Salcedo. Muerte de Baldomero Sanín Cano. Dictadura de Rojas Pinilla y albores del Frente Nacional con la firma del Pacto de Benidorm entre Alberto Lleras y Laureano Gómez. Elisa Mujica publica su edición crítica de las <i>Reminiscencias de Santafé y Bogotá</i> de José María Córdovez Moure. Débora Arango pinta su famoso óleo «Junta Militar».

**LA CIUDAD DEL DOLOR
ECOS DEL CEMENTERIO DE ENTERRADOS VIVOS
Y DEL PRESIDIO DE INOCENTES**

A manera de prólogo

Bogotá, agosto 4 de 1923

Señor doctor don Adolfo León-Gómez, Agua de Dios.

Muy estimado doctor y amigo:

No quería darle las gracias por el galante envío que se sirvió hacerme de su última obra —que puso en mis manos uno de los distinguidos hijos de usted— sin haberla antes leído. No sé si tarde, pero en todo caso muy cordial, le llegará esta manifestación de respeto y de admiración por todo lo que esas páginas dicen y por todo lo que callan, por aquello que, al querer ser rebeldía, tan explicable rebeldía, se detiene y transforma en un himno de resignación, en una plegaria que hasta el cielo ha de llegar y en él ha de ser tenida en cuenta para la hora de las supremas compensaciones. Hace sufrir usted hasta lo indecible con lo que revela de amargo en esa vida agitada por el dolor moral antes que por el físico, y son lágrimas lo que arrancan aquellos bellísimos acentos que hubieron de escoger la forma lírica, certera y luminosa, para clavarse en el alma. El patriota, el luchador, el delicado poeta que ha sabido cantar pesares ciertos, siguen viviendo en usted la vida de intensidad de los mejores días, hecha de rugidos y de canciones, iluminada por el fulgor de sus antepasados ilustres, por la certidumbre de que

[4] sus hijos avanzan por la amplia senda, bordeada de honradez y laboriosidad, que usted les trazara, e iluminada aún más por el fulgor de eternidad que cae sobre cuantos oyen y llevan a Dios en la conciencia.

Gracias, muy estimado amigo, por todas las emociones que me ha procurado; gracias por el sufrimiento que sus páginas causan, sufrimiento purificador y provechoso, que hace volver los ojos hacia las desgracias de nuestros hermanos e inunda el corazón de sentimientos compasivos, profundos, ennoblecedores. Y que la gracia de Dios sea con usted para que sobre lleve las penas que lo torturan, con el ánimo de quien, desasido de lo terreno, en comunión constante con lo espiritual, tiende los brazos hacia lo glorioso que sospecha en lo invisible y deja escapar los acentos del autor de los Salmos o de aquella inspirada que fue Santa Teresa. Cual si usted presintiera que un día habría de cerciorarse como el Rey Sabio, de la infinita vanidad de todo, pidió a su inspiración las bellas rimas en que tomando el contrapié de Amado Nervo cantó, una vez, a Kempis. Imagino que en su mesa ocupa hoy el lugar más señalado el libro del consolador, el de ese Kempis que leemos con fruición aun los que vivimos alejados de los templos y hemos vuelto la espalda a las prácticas y ceremonias de la religión positiva. Que halle en él y en el amor de sus hijos, así como en la admiración y respeto y de sus conciudadanos, el alimento vivificante que le permita recorrer con ánimo entero su viacrucis y enriquecer más la literatura nacional con obras que continúen siendo heraldos de su nobleza espiritual y de su devoción por la Patria.

Con afectuoso saludo me repito de usted muy atento seguro servidor y amigo,

Roma, octubre 15 de 1923. —14, Vía Marguera [5]

Señor doctor don Adolfo León Gómez.

Mi querido amigo:

Con agradecimiento por su amistoso recuerdo, y conmovido profundamente, he leído el último libro de usted, que tan grandes enseñanzas y tan nobles ejemplos trae en sus doloridas páginas, dignas algunas de ellas de la Imitación. La terrible prueba que usted padece, con sus indecibles sufrimientos, aquilatan las virtudes de que ha sido usted modelo en el hogar, en la sociedad y en la vida pública, en la que ha sido prototipo de patriotas, y lo elevan a la cima enviable donde «más cercano está Dios» fin supremo de la dura peregrinación, que usted corona heroicamente sirviendo siempre a la patria y a los desgraciados. Espejismo son otras cimas, a donde llevan a los hombres los vaivenes de la marejada política, y que no pocas veces se convierten en potro de tortura, estéril para merecimiento.

Releeré y con provecho, muchas veces, su libro —siempre lo tengo a usted presente—; jamás olvido el singular cariño y aprecio que mi padre tuvo por usted, y la manera como usted los ha correspondido, nobilísimamente, en toda época. Pido a Dios Nuestro Señor que le conserve y afirme la gran fortaleza de alma con que sobrelleva usted sus amarguras, y que cada día le hacen ganar merecimiento para la corona ya ganada.

Suyo, como siempre afectísimo,

J. V. CONCHA

[6]

París, noviembre 2 de 1923

Señor doctor Adolfo León Gómez, Agua de Dios.

Muy recordado y querido amigo:

Con una cariñosa dedicatoria suya recibí ayer *La Ciudad del Dolor*, hermoso libro en que ha colecciónado usted prosas muy bellas y poesías muy sentidas. Le doy las más rendidas gracias por el obsequio que me ha hecho y por el placer que me ha proporcionado. Tan interesante es su libro, que lo leí sin que otra ocupación hubiera embargado mi espíritu. Hay capítulos de honda emoción: el primero, sobre todo, es página que una vez leída no se olvidará jamás porque es como diamante de lágrimas.

Conocía, por haberlas leído en *Sur América* y en *El Nuevo Tiempo*, algunas de las bellas y sentidas poesías con que esmalta usted su libro. Ignoraba que hubiera usted traducido el soneto de Harancourt «El canto del gallo», que hace años quise también traducir, sin haber logrado dar remate a mi propósito, porque tropecé con dificultades. Usted lo tradujo admirablemente en cuartetos e hizo bien para no recortar la idea de Harancourt, de quien he traducido también varias poesías, entre ellas «Le Testament» y «La Citadelle». Harancourt, actual director del Museo de Cheny, es amigo mío y visita mi casa. Muy pronto tendrá el gusto de mostrarle su traducción: se sentirá muy complacido al saber qué eminente poeta y eminentе colombiano (porque ambas cosas es usted) puso en bellos versos su soneto famoso. Harancourt no habla nuestra lengua pero puede traducirla. Hace unos treinta años le puso un bello prólogo al «Canto al Tequendama» de Antonio J. Restrepo.

Le repito agradecimiento por su libro, y mande usted a su amigo afectísimo y admirador,

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

PRIMERA PARTE
ECOS DEL CEMENTERIO DE ENTERRADOS VIVOS

Confidencia

Cuando apareció la primera edición de este libro, el público creyó que apenas era una obra semirromántica, personal y quejumbrosa. Se engañaba. Era un ardid, era una treta de quien, sabiendo que la Nación no lee los artículos serios referentes a los pavorosos problemas de los lazaretos, porque le parecen repugnantes y porque nadie cree que a su persona ni a su familia pueda llegarles el flagelo nunca, resolvió hacérselos leer disfrazándoselos de literatura y amenizándoseles con poesías y relatos tristes que despertasen su curiosidad primero y su corazón después. Había que dorar la píldora y endulzar la medicina amarga. He ahí la razón de la primera parte de este libro, que no tiene pretensión literaria ninguna, sino el anhelo de redimir algún día a la muchedumbre de compatriotas enfermos que no como tales sino en realidad como presidiarios miserables, van confinados por la titulada República, en inapelables úkases, a su triste Siberia, como la de Rusia aislada y como el Gran Desierto, calcinada y ardiente.

Y sucedió lo que yo preveía: que salvadas unas pocas y honrosas excepciones, los políticos, los gobernantes, los legisladores, los funcionarios que tienen obligación de estudiar esos asuntos, dieron que estaban ocupados en candidaturas, elecciones, contratos, etc., para perder tiempo en leer versos y lamentos, y no abrieron el libro.

Pero las madres de familia, rodeadas de niños, lo leyeron llorando, y eso basta. Lo que graban en las mentes y en los corazones infantiles las lágrimas maternas, no se olvida nunca y

[10] germina para el bien, tarde o temprano. Aquellos niños crecerán y llegarán a los parlamentos, a las gobernaciones, a la presidencia, y entonces esta humilde obra surtirá sus efectos bienhechores para una nueva generación de enfermos, para otros enjambres de infelices; entonces dará fruto la semilla que ahora siembro haciendo llorar a las madres y a los niños.

Porque con razón decía Lamartine: «Hay más genio en una lágrima que en todos los museos y en las bibliotecas del universo. El hombre es como el árbol que se sacude para hacer caer sus frutos: jamás se commueve sin que caigan de él lágrimas. La poesía no tiene eco más sonoro y prolongado que el corazón de la juventud donde va a nacer el amor. Ella es como el presentimiento de todas las pasiones y más adelante como su recuerdo y su luto. De este modo nos hace llorar en dos épocas extremas de la vida: cuando jóvenes, de esperanza, y cuando viejos, de sentimiento. Lo sublime, fatiga; lo bello, engaña. Solo lo poético es infalible en el arte. El que sabe enternecer, lo sabe todo».

Por eso fue por lo que al escoger entre mis versos los que debía de insertar en la obra, dije:

¿Me preguntas que cuáles de mis versos,
tan sin arte, sin ciencia y sin alijo,
tan ajenos a escuelas literarias,
son los que yo más quiero y más estimo?

No son los pocos que juzgó pasables
el saber de maestros y de críticos,
ni los que más esfuerzos exigieron
a mi numen enfermo y desvalido.

No son los que los sabios aprobaron...
Son los que mi alma murmuró a tu oído
como íntimos secretos... son aquellos
que me hicieron llorar al escribirlos.

Capítulo I Un entierro

A las cuatro de la mañana del día 1.^o de julio de 1919 sonó el despertador. Se había puesto a esa hora no para que despertara, porque, como ya lo suponíamos, fue imposible conciliar el sueño ni un instante durante esa larga y horrible noche de angustia, sino para que anunciara el momento en que debíamos levantarnos a hacer los preparativos finales de mi viaje postrero. «¡Inolvidable y última noche pasada en el hogar de mi familia!».

Enjugando a hurtadillas los ojos arrasados en lágrimas y esmerándose por proporcionarme comodidades y consuelos, todos mis hijos arreglaron en una hora cuanto faltaba.

Como para despedir los recuerdos y como para dejar el corazón en pedazos, recorrió pieza por pieza aquella casa donde tanto había sufrido. Dicen que en la hora de la muerte pasa por la memoria del agonizante, como en rápida cinta cinematográfica, su existencia entera. Así pasó la mía en aquellos momentos: mi infancia desvalida; mi juventud sacrificada en espantosas luchas por la vida y en el estudio hecho con mil dificultades; la larga y penosa época consagrada a administrar justicia con tanto esmero como mal recompensada; mis arduas faenas de abogado; mi labor periodística de tantos años, tan bien intencionada pero quizá baldía; mis tenaces esfuerzos por la unión hispanoamericana, las ideas republicanas y el bien de la Patria; las raras ocasiones en que fui llamado a ocupar algún puesto

[12] público; mi matrimonio tan feliz y mi hogar tan tranquilo y tan querido; la muerte de varios de mis hermanos, de mi idolatrada madre y de mi adorada esposa; los matrimonios de mis hijas; mi incesante y excesivo trabajo; mis contadas alegrías, mis incontables tristezas y decepciones... Todo, todo pasó por mi mente como visión de fiebre.

Apurando hasta las heces el cáliz del recuerdo, haciendo inaudito esfuerzo para no prorrumpir en sollozos, fui dando el último abrazo a cada uno de mis queridos y desolados hijos; y rápidamente me refugí en el coche que aguardaba ante la puerta de la calle. Allí entré con mi hermana Rosa, que abnegadamente iba a compartir por unos meses mi destierro, mi sobrino Gustavo Sampedro y mi hijo Ernesto. A mis pies se tendió mi perro Dick, el fiel amigo que no me abandonaba en mi desgracia y que debía ser el leal e inseparable compañero de mis días de soledad y de martirio.

El ruido del coche al partir me recordó el del carro mortuorio cuando saca un cadáver de una casa donde se oyen gemidos y sollozos como se oían aquella mañana en la mía. Y al verme allí, en medio de tres personas y un perro, mientras mis hijos quedaban en espantosa soledad, recordé aquél suntuoso carro funerario que, seguido de inmensa muchedumbre, había llevado pocos días antes al cementerio a mi ilustre colega y antiguo compañero de judicatura y más tarde de Congreso, doctor Antonio José Cadavid, en tanto que todas las damas de Bogotá rodeaban a su digna familia. Él y yo marchábamos a nuestra última morada; solo que la de él era ya la del reposo eterno, mientras que yo debía hacer una dolorosísima antecámara. Dios da a cada uno lo que merece o le conviene, y yo acato y bendigo sus designios misteriosos.

En la estación, que estaba solitaria, se nos unieron el bondadosísimo caballero don David Cuervo Neira y otro de mis sobrinos, que iban a acompañarnos hasta Facatativá. Con ellos nos

encerramos en el carro especial de primera clase que nos estaba [13] reservado en el tren expreso que partía a las seis a. m.

Con hondísima tristeza dirigí una mirada de despedida a Bogotá, la ciudad amada donde pasé mi vida entera; donde tanto luché y tanto sufrí; donde reposan los huesos de mis padres y los de mi esposa, que ya nunca se juntarán con los míos; donde dejaba una numerosa familia de huérfanos. La ciudad que negó un palmo de tierra en su cementerio para los restos de Ernesto¹ y de dos próceres ilustres y allegados, se envolvía en su manto matinal de yertas brumas, y pareció volver la espalda con glacial indiferencia al que tanto se interesó por su bien y progreso, que se alejaba de ella para siempre.

Yo hubiera podido permanecer allí indefinidamente, como tantas personas que se hallaban en peor estado que el mío, pues estando reducida mi enfermedad solo al color algo subido de rostro y a unas manchas en él, que poco después desaparecieron sin necesidad de remedios, y no sintiendo dolores, ni fiebres, ni ninguna otra novedad; me veía en aptitud de trabajar y de servir a la Nación y a la familia, en vez de convertirme en carga y en estorbo. Pero desde que un periódico de Manizales, en inhumano suelto, varios «amigos» y no pocas personas «interesadas», se esforzaron en propalar a los cuatro vientos, sin conocer las encontradas opiniones de los médicos, que mi inesperada enfermedad era la más pavorosa de todas, el daño estaba hecho en absoluto, la catástrofe cumplida, mi profesión perdida y mi carrera terminada. La desolación de la familia y el desastre de mis negocios eran ya irremediables. Entonces yo, que no quería ser causa ni de remoto peligro para mis hijos y que no quería sujetarme a vegetar en prisión perpetua ni a huir a los campos como reo prófugo, ni menos a servir de espectáculo a la excitada

¹ Se refiere a su hermano, el poeta Ernesto León Gómez (1855-1892) [Nota del editor].

[14] curiosidad del público bogotano, decidí, sin que nadie me lo ordenara y contrariando opuestos pareceres, tomar el camino más recto e ir a aislarme entre mis pares. Necesito estar donde pueda mirar a los hombres frente a frente y arrostrar la vida y esperar la muerte cara a cara.

Pronto llegamos a Facatativá, donde en el acto y en la mayor soledad, pues por lo temprano no había nadie en la estación, pasamos al carro que nos estaba preparado en el tren que debía partir para Girardot, apenas llegase de Bogotá el ordinario de pasajeros. Había en este carro un cuartico separado, con algunos asientos y una caja de hierro, y Ernesto extendió además un catre. Allí nos encerramos.

Cuando se detuvo el tren en la bulliciosa estación de La Esperanza para el almuerzo de los pasajeros, nos pusimos a mirar por entre las ventanillas, medio veladas con periódicos, aquel espectáculo de vida y de felicidad en el que yo mismo había tomado parte tantas veces. Hermosas señoritas, distinguidas damas y elegantes caballeros, descendían de los carros, llenaban los comedores y circulaban por los jardines. Todo era movimiento, animación y alegría. Todo hacía contraste con nuestro triste encierro. Quizá varios de aquellos viajeros y veraneantes, a quienes con amables sueltos habían despedido todos los periódicos de Bogotá, me habían estrechado alguna ocasión la mano como colega del foro, del periodismo o de las academias, pero ninguno imaginaba que por última vez los contemplaba el ya olvidado compañero. Ninguno de los alegres pasajeros podía sospechar que viajaban con un muerto, con un prófugo del mundo, con un desterrado de la sociedad, muerto para la ventura, pero vivo aún para el dolor, la purificación y el sacrificio. Yo había ofrecido a Dios el de mi salud y el de mi vida, poco tiempo antes, el día del santo de mi inmejorable hija María Elena, por el bien y la felicidad de todos mis hijos.

En Tocaima descendimos rápidamente y nos alejamos del tren. Los estimabilísimos caballeros coronel Aristides Novoa

administrador, entonces, del lazareto de Agua de Dios; don [15] Antonio Castañeda, el doctor Enrique Pardo Rey, el señor Víctor Jara y otros varios distinguidos señores que habían bajado de esa ciudad a saludarnos, nos estaban aguardando. Con ellos estuvimos un rato, y cuando el tren partió, montamos a caballo para seguir al fin de mi destino.

En la vía se nos juntaron el doctor Próspero Jiménez y otras personas que habían salido a encontrarnos y de quienes yo iba a ser fiel amigo en la nueva existencia que empezaba.

Caía el sol. Los compañeros se esforzaban por distraerme. Mi corazón sangraba dolorosamente y mis ojos se llenaban de lágrimas.

Al fin el coronel Novoa dijo: —Hemos llegado, pie a tierra.

«Las sombras de la noche entenebrecían el horizonte»...

Estábamos en las puertas de la Ciudad del Dolor...

El entierro había terminado.

Capítulo II Soledad

No entramos aquella vez en Agua de Dios. Esa noche nos quedamos afuera, en la casa del apreciado amigo señor don Antonio Castañeda, que nos atendió mucho.

Al día siguiente a las nueve a. m., el coronel Novoa, la hermana María Luisa Lozano, digna religiosa de la comunidad de los Sagrados Corazones, que iba a acompañarnos por unos tres días, el señor Castañeda, Ernesto, Rosa, Gustavo y yo, emprendimos viaje hacia la casa de campo llamada San Rafael, a media hora del lazareto y en jurisdicción de Tocaima, donde yo debía pasar una temporada, un noviciado, viviendo como solitario y desterrado, para ir acostumbrándome poco a poco a la idea de ingresar al lazareto y, sobre todo, para no causar de improviso a mis hijos inmensa pena con la noticia de haber caído allí, no obstante la decidida oposición de todos ellos.

Por abrupto camino, bajo un sol de fuego y en silencio, avanzaba como comitiva funeraria, la triste cabalgata. Y yo pensaba en mis hijos, en el espantoso porvenir que se les preparaba, en mi forzoso aislamiento y mi pena era profunda. Recordando la dolorosa despedida de la víspera, hice más tarde estos versos, a los cuales puso después sentida música el maestro Luis A. Calvo:

[18]

NEVER MORE

En la despedida, para mí tan triste,
porque solo la ausencia es mi mal,
—que lleves buen viaje, decíanme llorando,
que regreses pronto!... Pronto volverás!

Y yo, desatándome brazos del cuello
y fingiendo sonrisas y afán,
—Cuando vuelva, decía, cuando vuelva,
la ventura también tornará.

Mas tristeza indecible sentía
y un dolor espantoso y mortal,
al oír una voz que me dice:
Tú bien sabes que no volverás!...

Al fin llegamos a la casa, que queda entre un monte, en el cerro de Ibáñez, sin vista para ninguna parte, porque los árboles y depresión del terreno le cierran todo horizonte. Estaba desocupada, recientemente enlucida y adornada con enredaderas de bellísima. No es fea, pero sí muy triste y en absoluto alejada de otras fincas, casas o poblaciones.

Al punto se arregló la nueva morada: se extendieron en sus respectivos puestos mi catre y el de Rosa, se distribuyeron del mejor modo posible los pocos muebles que habíamos llevado, se colocaron los libros en el estante y me declararon instalado.

Después se hizo una especie de almuerzo improvisado; y como fuese ya bastante tarde, el coronel Novoa empezó a urgir a Ernesto y a Gustavo para que montasen a fin de ir, según decía, a conseguir una vaca de leche para nosotros. Comprendí que se irían definitivamente, que se iba a romper el último lazo que me ataba al mundo; que Ernesto, que tan cariñosa y

admirablemente se había manejado conmigo, quería ahorrarme [19] el dolor de la despedida.

Gustavo entró y me abrazó en silencio. Los otros compañeros se habían despedido ya. Una horrible tristeza me oprimía el corazón; y cuando sentí el ruido de los caballos al marchar, y alcancé a ver a Ernesto que se alejaba llorando, yo también lloré. Lloré a solas con el amarguísimo llanto del hombre definitivamente vencido, postrado, humillado, que pierde de un solo golpe posición, bienes, salud, dicha, porvenir y familia, y a quien la Patria arroja de su seno para siempre.

Me tendí en el catre a pensar en mi desgracia. Hay algo como un placer inexplicable en apurar a sorbos la copa del dolor, en desgarrar las heridas, en paladejar la intensidad de las penas, en medir el fondo de los abismos insondables y ese placer es el opio del alma que envenena y mata poco a poco al que a él se entrega. Yo lo apuré ávidamente esa vez, admirándome de cómo no muere o no enloquece el hombre en casos como ese, y de cómo Dios da fuerza y vida para sufrir tanto.

Y en lugar de la muerte que anhelaba, vino el sueño. Un sueño dulce y tranquilo, en que me veía llegando, después de un penosísimo viaje, al antiguo y dichoso hogar, de donde salían corriendo a abrazarme mi inolvidable esposa y mis hijos, todos niños, como en la época en que ella murió.

¿Era ese sueño como una burla cruel del destino para hacerme más amargo el despertar? No, más bien fue un consuelo que Dios me envió para despertarme y un presagio de lo que sucederá al fin de la purificación y de la prueba.

Aquel sueño me sugirió después estos versos:

PESADILLA

Soñé que despertaba alborozado
de la más espantosa pesadilla,

[20] y que feliz, como antes, me encontraba
en el querido hogar de mi familia.

Soñé que despertaba, y que mis hijos
—También hemos soñado, me decían,
que estabas triste, moribundo y solo
y que nunca a abrazarnos volverías...

Por estrecharlos, extendí los brazos...
la luz hirió mis húmedas pupilas...
... ¡Y está la soledad en torno mío
y sigue aún la horrible pesadilla!...

Pasaban días y días, largos, muy largos y monótonos, en medio de un calor insoportable, y del aburrimiento, la soledad, el silencio y la inacción tan contrarios a mi activa existencia anterior.

Yo, en fuerza de la costumbre, me levantaba temprano y, seguido de Dick, me internaba en la montaña y me subía a una colina a contemplar los nevados del Tolima que brillaban como espléndidos diamantes a los primeros rayos del sol naciente; a oír cantar los toches en los matorrales, acordándome de los días más felices de mi infancia y de los paseos más alegres de mi vida; y a contemplar la belleza de la oscura montaña, de las lejanas cordilleras, del cielo azul lleno de blancas nubecillas, para elevar a Dios mi espíritu atrabilulado pidiendo fuerzas para mí y bendiciones para mi familia.

En el día nos turnábamos Rosa y yo en incessantes lecturas de *María, Inocencia, las Reminiscencias, la Imitación de Cristo* y otros libros, solo interrumpidas por el baño, las comidas y las visitas, que de cuando en cuando nos llegaban del pueblo vecino. Allí fueron a vernos y a ofrecernos bondadosamente sus servicios la honorabilísima M. R. madre Ana del Pilar, las madres y varias

monjas de los Sagrados Corazones, el M. R. padre Bassignana, [21] el doctor Luis F. Torres y su digna señora, el coronel Novoa, don Andrés Moreno, don Antonio Castañeda, el general Miguel Zerda, el corregidor don Arcadio Calderón y algunas otras personas.

Por la tarde salíamos Rosa y yo por el pedregoso sendero que conduce al pueblo, pues no había otro paseo ni otra parte a dónde ir y era imposible internarse en los potreros y matorrales a causa de las garrapatas y otros bichos, a dar una melancólica caminata. Al anochecer, Rosa rezaba el rosario en compañía de una pobre familia de labriegos que ocupaba una casita o cocina, ante el patio de la nuestra; luego leíamos otro rato y después nos acostábamos para pasar largas y tristes noches en que al desvelo causado por el calor, los bichos y los recuerdos, se añadían el continuo graznar de las lechuzas y el revoloteo constante de los murciélagos que nos rozaban la cara con sus alas frías y favorosas.

SOLEDAD

Cuentan los viajeros
que allá en el Sahara,
tras los mares móviles de arena
que entristece, que asfixia y que mata,
suele a veces alzarse a lo lejos
melancólica y sola una palma,
que a los soles ardientes,
y al Simoun destructor, desgarradas,
como brazos que claman al Cielo,
presenta sus ramas.
Tal crucé por el mundo: tan solo,
que aún siento en el alma
esas soledades inmensas y tristes
del mar y el desierto y el polo y la pampa.

[22] Evoco memorias llorosas y dulces
de infancia lejana:
La lucha en los niños es triste y horrible...
mi lucha empezaba...
jamás una mano tendida a mi lado,
jamás las palabras
que dan, al que empieza,
la fe y la esperanza!...
Después, esos años de amor e ilusiones
en que desbordando la vida su savia,
inspira grandiosas ideas
al genio que entreabre gozoso las alas;
y luego esos otros de fuego y de brío;
cuando tanto se aman,
entre mil anhelos de bien y justicia,
la gloria y la patria...
Pero siempre solo,
solo en la borrasca
de la lucha eterna, tenaz y baldía,
sin triunfo, sin brillo, sin luz ni esperanza!
Mi sol ya declina:
por mi abrupta senda, tan triste y tan larga,
sus rayos pasea
y da a mis cabellos cubiertos de escarcha,
extraños reflejos
de cumbre nevada...
Y en tanto que sigo mi rumbo al ocaso,
mi sombra se agranda,
corriendo a perderse por siempre en la sombra...
Y van mis pisadas
dejando una huella de sangre que alumbría...
Y siento en el alma
esas soledades inmensas y tristes,
del polo, el desierto, la mar y la pampa!

Capítulo III

Descendí a los infiernos

(Lasciati ogni speranza, voi che'entrate)

Fueron tantas las exigencias del administrador de Agua de Dios y de multitud de personas, de que bajase a conocer el pueblo para que me fuese acostumbrando a la idea de vivir algún día en él, que al fin hube de acceder.

El 6 de julio (inolvidable aniversario del natalicio de mi excelente, santa y llorada hermana mayor Herminia), llegaron el coronel Novoa y don Antonio Castañeda, llevándonos bestias a Rosa y a mí para ir a la población.

Creo que nadie en la vida haya llegado a la ciudad enferma con más horror, más miedo, más repugnancia, más compasión, más vergüenza y más tristeza que yo, ni nadie que haya sufrido con mayor intensidad al penetrar por primera vez en su temeroso cerco de alambre erizado. Dios me recompensó aquel heroico sacrificio, dándome la fuerza con que año y medio después ya penetraba impávido a los antros más horribles y me familiarizaba con el dolor humano en sus formas supremamente aterradoras.

Cuando aquellos apreciados amigos nos indicaron que ya llegábamos al círculo de aislamiento, sentí el corazón saltar con pavor de pesadilla. Y luego en el retén, al ver a los centinelas del dolor, a los adustos carceleros de los forzados en vida, me subió al rostro el primer oleaje de rubor y humillación, precursor de muchos que debía de soportar más tarde en ese presidio, donde

- [24] los ciudadanos dejan de serlo para ser tratados como criminales peligrosos o como recua de bestias.

Los compañeros apuraban el paso. Yo contenía mi caballo como para demorar lo más posible la llegada; y entre tanto, no podía prescindir de clavar los ojos en todas las casitas de uno y otro lado del camino, esperando descubrir enfermos y ver espectros espantosos. El soldado que entra por primera vez al campo de batalla en medio del fragor de los disparos, sentirá tal vez lo que yo sentí en aquellos momentos. Y sin embargo, ese camino era risueño y pintoresco, cosa que entonces me era imposible notar.

En todo pueblo la llegada de un forastero despierta en el acto la curiosidad general, y con razón muchísimo mayor en Agua de Dios, por cuanto allí no van pasajeros, ni turistas, ni veraneantes, sino grupos de enfermos pobres, entre policías, y rara vez alguno de mejor rango. Calcúlese, pues, cómo sería la que despertó la cabalgata del administrador, el señor Castañeda, algunos médicos y otros empleados, y en medio de ella mi hermana Rosa y yo. Era un acontecimiento, era un espectáculo, era algo extraordinario en la monótona vida de siempre. Y como además acertaron a llevarme precisamente el día en que celebraban el Congreso Mariano y había bazares, toldos, música, kioskos y bullicio en la plaza, la concurrencia era enorme. Naturalmente, yo era el objeto de todas las miradas, de todas las lástimas, de todos los comentarios y de todas las, por lo general, agresivas curiosidades de pueblo. Mi suplicio se multiplicaba por el número de ojos clavados en mí.

Y aquella multitud regocijada, aquel enjambre de risueñas señoritas elegantemente vestidas, aquellas músicas y aquel aire de alegría y de fiesta, me parecían un imposible, un absurdo en la Ciudad-presidio, y hacían un contraste doloroso con la soledad de mi alma y la profundísima pena de mi corazón. Era eso como un sarcasmo amargísimo; era como un insulto al sufrimiento; ¡era como si al que acaba de perder su madre o su hijo querido,

se le transportase de repente a un bullicioso salón de baile invitándole a sacar pareja! ¡Cómo se agravan y agrandan los dolores íntimos y ocultos con la ruidosa manifestación de la alegría ajena! Las penas del alma tienen su pudor y han menester esconderse y ocultarse para llorar a solas. Así, yo tenía que esforzarme por contener las lágrimas y por ostentar forzada sonrisa cuando, en medio de la plaza, me vi rodeado de personas que me contemplaban con ávida y compasiva curiosidad.

Las virtuosísimas monjas de los Sagrados Corazones, a cuya casa fuimos a almorzar, nos recibieron y atendieron con bondadoso cariño. Tengo de ellas gratísimos recuerdos, sobre todo de las madres Julia Sierra y Ana María Lozano.

Esforzándose las santas monjas por distraernos, nos hicieron pasear por todo el convento. Llegamos por fin a la capilla. Ante el altar parpadeaba la lámpara del Santísimo. Pregunté si estaba él allí y como me contestaran afirmativamente, caí de rodillas, exclamando en el fondo del alma con angustia indecible:

¡Dios mío, Dios mío! ¡pase de mí este cáliz!

Pero algo como una voz interior me contestó que sin duda convenía el martirio para domar mis orgullos, purificar mi vida, y señalar a mis queridos hijos el camino recto que la desgracia enseña mejor que la dicha. Y entonces, consolado, añadí las divinas palabras:

«...Mas no se haga mi voluntad sino la tuya».

Como para complacer a los altos personajes que tanto se habían empeñado en hacerme ingresar al lazareto, diciendo que en él iba yo a servir inmensamente al gobierno (?), parece que aquel día se propusieron los empleados exhibirme. En efecto, después de almorzar quedóse mi hermana Rosa en el convento, y yo hube de montar de nuevo para ir, entre numerosa comitiva, a recorrer toda la ciudad y uno a uno sus varios hospitales.

¡Calcúlense mi horror, mi malestar, mi sufrimiento!

Los amigos se esforzaban en hacerme notar el risueño aspecto de la población, sus poéticos alrededores, sus arboledas, sus

[26] casitas blancas, las iglesias, las plazuelas, los camellones, pensando que así se alegraría mi espíritu y se disiparía la preocupación bogotana de que Agua de Dios es una desapacible aglomeración de innumerables chozas donde se respira una atmósfera pesada y donde se ven fantasmas aterradores y no se oyen sino quejidos y maldiciones. Pero aquel día yo no estaba en aptitud de apreciar belleza alguna. Todo lo veía a través del luto de mi alma y de mi pena profunda, solo, triste, desolado.

Fui presentado a varios caballeros enfermos que me impresionaron mucho; recorrió calles y calles como sonámbulo, viendo asomarse a todas las puertas, a todas las ventanas, a todas las esquinas, caras enfermas, unas rojas, otras moradas, otras lívidas que me devoraban con los ojos; vi alzarse en las camas de los hospitales figuras cadavéricas que también ansiaban conocer al nuevo compañero, que aterrado, creía un deber mirarse desde luego en ese espejo.

Cuando salimos del último hospital dije a mis compañeros:

—Bien, ahora llévenme al cementerio.

Se miraron unos a otros con asombro compasivo, y alguno dijo:

—¿Para qué? No vamos allá. Eso es muy triste.

—Vamos, vamos, repliqué. Ya vi dónde voy a agonizar, ahora quiero ver en dónde he de descansar.

Ante mi decidida insistencia, la cabalgata siguió al cementerio. Los médicos y demás amigos se quedaron en la puerta. El coronel Novoa y yo nos desmontamos y silenciosos penetraron hasta el interior del melancólico dormitorio de los que ya no sufren. Miré a todos lados como escudriñando cuál sería el rincón donde debería dormir mi último sueño. Y recordando aquella humilde bóveda mía del cementerio de Bogotá, donde los restos de mi madre y los de mi esposa aguardaron por tantos años mis despojos, pensé que alguno de mis hijos irá a ocupar ese lugar que me había reservado para mí. ¿Cuál de ellos será?

Cuando al atardecer regresábamos Rosa y yo a la lejana y [27] aburridora soledad del cerro, en un momento que los compañeros nos dejaron solos, ella, que había sufrido ese día lo mismo que yo, me preguntó:

—¿Qué tal? ¿Cómo le ha parecido esto? ¿Cómo se siente?

—Que creo que salgo del infierno.

Y apuré el paso para buscar, como un consuelo, el silencio, la soledad y la sombra del tétrico asilo de la montaña.

Capítulo IV Abandono

Corrían lentamente los días en medio de un hastío y una nostalgia insopportables.

Nadie me escribía. No me llegaban periódicos, y tan solo recibía algunas sentidas y cariñosas cartas de mis hijos que leía y releía llorando.

Me sentía en un abismo y escribí estos versos:

EL ABISMO

Ante el rudo golpe
de cruel destino,
sin luz, sin apoyo, sin una esperanza,
hasta el fondo rodé del abismo.

Rodé con estruendo...
Y al hacer mi lado el vacío,
como enjambre de aves
que el vuelo levantan lanzando gemidos,
«palabras, palabras, palabras»
dijeron, huyendo, colegas y amigos...

Ya en la sima, miré a todos lados:
soledad, tinieblas, silencio y martirio...
¡Qué de cosas horribles, si hablase,
contara el abismo!

[30] Mas son los abismos silenciosos, mudos,
 cual los grandes dolores sombríos...
 En cambio en lo alto
 su ojo está fijo:
 hay luz en la altura:
 ¡solo Dios ilumina el abismo!

Pero al fin un día me llevó el coronel Novoa unas cartas que, en el correo del pueblo, donde estaban desde días antes, le habían entregado para mí. Una era del doctor Carlos E. Restrepo y otras de amigos de Fusagasugá. Todas iban dirigidas a Agua de Dios, y tenían fechas muy anteriores a mi salida de Bogotá. Comprendí entonces cómo había circulado la cruel pero productiva noticia que dio un periódico de Manizales, cuando hasta en sus carteles murales dijo: que yo tenía la enfermedad cuyo nombre más horrendo estampó brutalmente en letras grandes; que había tenido que renunciar al alto puesto público que dizque desempeñaba, cuando no tenía ninguno; y que me hallaba en Agua de Dios, cuando sorprendido y aterrado, leí yo mismo en Bogotá impensadamente ante mis desolados hijos, esa hoja que acababa de sacar de mi apartado.

Esas cartas, cariñosas y consoladoras, me hicieron mucho bien.

Yo salí de Bogotá con la más perfecta convicción de que mi vida no pasaría de seis meses, de que la enfermedad diagnosticada volvía a todas sus víctimas, como allí creen, en poco tiempo espectros aterradores y «cadáveres ambulantes» que van «dejando sus cuerpos pedazo por pedazo»; y de que, por consiguiente, al cabo de unos días de mi llegada al titulado sanatorio estaría destrozado y agonizando en un lecho de «hojas de plátano». Estaba saturado de las preocupaciones y los prejuicios sencillos sobre aquel mal.

De ahí que tres días después de mi instalación en San Rafael, al amanecer tras de una noche insomne y espantosa, exclamase

aterrado viéndome lleno de ronchas y con una comezón insoportable; dirigiéndome a mi hermana:

—¡Ahora sí! ¡Ya estalló la enfermedad de un modo horrible!
Vea cómo estoy...

—¡Por Dios! ¡por Dios!, dijo ella, que tampoco estaba acostumbrada a calamidades de las tierras calientes, al verme las manos y la cara llenas como de grandes barros amoratados.

—¡Estalló el mal! ¡Empezó el martirio!

—No se afane doctor, eso no es nada, exclamó riendo el buen labriego de la casita contigua, que había acudido alarmado. Es que se lo han comido los mosquitos porque se estuvo ayer toda la tarde junto a la quebrada, leyendo debajo de los naranjos. Además, las garrapatas y demás plagas lo han desconocido también, porque tiene picaduras de todas.

Dos días después, con cualquier remedio, había desaparecido lo que yo creí al principio la manifestación de la más temida de las enfermedades. Y ahora que escribo estas líneas al cabo de tan largo aislamiento, sin haber tenido novedad ninguna, me pregunto: ¿En qué consistirá el mal y cuándo empezarán sus suplicios infernales?

Creía que su zarpa fuera sobre mi cuerpo tan rápida, tan certera y tan dolorosa, como ha sido sobre mi espíritu. Pero eso es lento. Con razón decía un padre salesiano: «Lo terrible no es la enfermedad sino “la durata”». Y yo dije, ampliando la misma idea:

¡ESPERAD!

Tendió la muerte por el mundo el vuelo;
y el dolor contemplando y la tristeza,
fue segando cabeza por cabeza
y fue de cruces erizando el suelo.

[32] —¡Dormid, dormid! ¡Yo soy el gran consuelo!
les dijo al infortunio y la pobreza.
¡Luchadores, venid! La gloria empieza
cuando mi mano al fin os abre el cielo.

Pero de Agua de Dios oyó el lamento
Y apurando su marcha funeral,
—¡Esperad! ¡esperad! dijo al momento:

No os llega aún el término fatal,
pues para que agotéis el sufrimiento
y no para morir, se os dio ese mal.

Pensando en eso resolví desde entonces, no tanto prepararme morir, como lo hacía antes, cuanto alistarme para vivir. Se me fue trocando idea de la muerte libertadora por la de una existencia dolorosamente redentora, y entonces dije:

POR ELLOS

Se me acercó la Muerte. Era insondable
su mirar pavoroso. Parecía
que con burlona lástima reía
de mi intenso pesar inconsolable.

—No luches, dijo: al Hado inexorable
solo lo aplacará la sombra mía.
—¡Oh! déjame sufrir, que mi alma ansía
agota el dolor insoportable.

—¿Por qué apurar el cáliz del tormento?
dijo el espectro con los ojos fijos
en el fondo sutil del pensamiento.

—Porque ofrecí pesares tan prolijos;
como santa oblación de sufrimiento,
por librar de otros tantos a mis hijos.

[33]

Lo que más me hacía sufrir por aquel tiempo, antes de que llegara la resignación que vino después, era el abandono, el olvido de mis antiguos amigos de la infancia y del colegio, de mis numerosos discípulos de jurisprudencia, de los colegas del foro y de la literatura, y de los titulados copartidarios. De muchos de ellos, aun de los que yo había ensalzado con entusiasmo en *Sur América* publicándoles retratos y biografías, no recibí jamás ni siquiera una tarjeta de recuerdo. Otros cumplieron escribiéndome una sola carta de pesar y de eterna despedida, temerosos sin duda de recibir la «peligrosa» correspondencia de un enfermo, porque ante el miedo y el prejuicio de nada sirve el autoclave. Y muy contados me manifestaron verdadero y cariñoso interés.

Pero yo estaba bien enterado de que todos amigos, enemigos e indiferentes, al oír mi nombre decían: «¡Pobre! ¡pobre!»

Esa es la vida, ese es el mundo.

La dolorosa experiencia me inspiró estas estrofas:

POSTRER CONSUELO

«¡Pobre! ¡pobre!» dijeron los amigos
con compasión platónica y baldía.
Los enemigos repitieron: «¡pobre!»
con lástima triunfante y agresiva.
Y anegados en lágrimas los ojos,
contemplé con letal melancolía
la inmensa soledad de desgracia,
¡lo inmenso de la humana hipocresía!

Capítulo v Dolor

El dolor que tanto aterra al hombre, debiera ser apreciado en lo mucho que vale, como crisol purificador de la vida, como yunque donde se modelan las almas fuertes, como horno encendido donde se depuran los vicios y se aquilatan las virtudes.

«Mortales, aprended a sufrir el dolor», decía el antiguo filósofo estoico: cristianos, aprended a apreciar el dolor, debiéramos decir nosotros. Aprended a gozar contemplando la herida insanable; a cultivar la pena; a golpear el corazón sobre el duro yunque, hasta que se eleve el alma purificada por el sacrificio, como un perfume, como una luz, como una blanca nube de incienso al lugar de la justicia, del amor, y del reposo eterno.

El dolor, lo mismo que el valor, es de dos clases: físico y moral. El dolor físico es común a hombres y animales. El dolor moral solo es de hombres, y no de todos: las almas abyertas, estúpidas y materializadas lo sienten raras veces o no lo experimentan nunca.

Cuanto más cultivadas y más sensibles son las almas, tanto mayor es la intensidad con que sienten el dolor moral.

Por eso jamás escapan de él y de las nostalgias del alma los poetas y los artistas.

Y a veces el dolor moral es para ellos tan terrible, que de buen grado lo trocaran por crueles tormentos corporales.

El dolor físico da realce y gloria a quien con estoicismo lo afronta. El dolor moral no se ve, no se nota, no se ostenta. Solo

[36] Dios lo ve siempre y solo pueden concebirlo los espíritus selectos que saben apreciar lo que vale un cariño, lo que significa la obra de toda una vida truncada para siempre, lo que cuesta un grandioso anhelo que se desvanece como sombra.

Todos los hombres compadecen el dolor físico, porque todos están en aptitud de sentirlo; pero como no todos tienen elevados sentimientos de alma, no son muchos, por consiguiente, los capaces de apreciar el dolor moral.

El dolor físico sufrido valerosamente, fortifica el cuerpo. El dolor moral, soportado con silenciosa resignación, fortifica el espíritu. Aquél hace héroes, este hace mártires. Aquél se granjea la estimación humana, este la compasión divina. Aquél da gloria y brillo, este supremas esperanzas de algo extraterreno.

El placer embrutece y degrada al hombre. El dolor le ennoblecce y le levanta.

El dolor es lucha, y la lucha engrandece a los hombres.

El dolor físico es campo de lucha contra el grito, contra la contracción, contra el gemido. El dolor moral es lucha contra la protesta, contra la desesperación, contra el suicidio.

Así como el valor moral es infinitamente superior al valor material, así el dolor moral es más meritorio y más purificador que el dolor físico.

El valor material se prueba con el abnegado y espontáneo ofrecimiento de la vida ante la tortura y el peligro. El valor moral se prueba con la conservación cuidadosa de esa misma vida, para apurar hasta el fin el cáliz del sufrimiento.

Mientras más grande sea el dolor moral que aflige a un alma, más lejos está de encontrar alivio en el mundo y más forzada se ve a esperar una existencia futura donde halle la justicia tan en vano buscada en esta vida, el consuelo para las tristezas aquí inconsolables, y el remedio contra las venenosas mordeduras de las víboras humanas.

El dolor moral viene de Dios y conduce a Dios. Y él no lo da sino a las almas ya acostumbradas al sufrimiento y connaturalizadas

con el infortunio, para probarlas y depurarlas por la humillación y la expiación. [37]

Uno de los dolores morales más hondos es el que se sufre en los grandes infortunios al palpar lo ilusorio, lo ineficaz y lo baldío de la amistad humana; pero ese dolor se compensa al ver surgir de personas casi desconocidas o inesperadas, la verdadera caridad cristiana que no se aterra ante el desastre, que no le huye a la víctima y que antes bien, le tiende la mano generosamente.

La desgracia enseña que la única amistad consoladora y cierta está en Cristo y en cuantos en su nombre proceden.

Ahí están la verdadera amistad, ahí la fortaleza, ahí la esperanza.

Y con ellas el dolor moral —que no mata los cuerpos y que, aceptado humildemente, purifica los espíritus— viene a idealizar la lucha y a poetizar el tormento. Y entonces, como bandada de mariposas que se alzan revoloteando a orillas de un abismo cuando al fondo de él cae con estrépito una piedra, surgen en la mente las ideas, y los poetas cantan.

De ahí que yo, dejando, como la maleta de viaje al fin de la jornada, los adustos códigos y las leyes de que había vivido tanto tiempo, tornara a mis antiguas aficiones poéticas y volviera a hacer versos, y aun a ensayar metros nuevos, como el de esta composición anterior a mi destierro y los de otras que van adelante:

GOLONDRINA

«Hirondelle» ... «rondinella» ... «golondrina» ...

¡Cómo suena dulcemente
ese nombre que a la mente
con su música divina
trae recuerdos de esperanzas y de amor
en las noches de la angustia, la tristeza y el dolor!

De las horas tan lejanas de la infancia
cómo surgen las canciones

[38]

y las muertas ilusiones
con nostálgica fragancia,
al conjuro de ese nombre de cristal,
como pálidas estrellas sobre un paño funeral.

Avecilla peregrina, golondrina,
vuela en torno dulcemente
y en tu vuelo, mi frente
saca espina por espina,
que son muchas las que clava con afán
la memoria de dichas que ya nunca volverán.

«Hirondelle»... golondrina... «rondinella»,
a la tumba desolada
donde duermen de mi amada
los despojos, vuela, ¡vuela!...
Ve a decirle con mi fúnebre canción,
que ya muero, que ya llego, que allá va mi corazón.

Y como complemento de las ideas que expuse sobre «el dolor», quiero conservar en este libro la composición que hice hace años, a los dos de muerta mi esposa, con ese título:

DOLOR

Porque no me quejo, porque ya no lloro,
y al rumbo ordinario volví de la vida,
creen los que no saben de dolores hondos
que ya de mi pecho cerróse la herida.

¡Ay! pero si vieran del alma el abismo,
de llanto y recuerdos y sombras repleto,
¡qué horrible es, dijieran, que torne el destino
en deber la vida, la pena en secreto!

Secreto que esconden las almas enfermas
para acariciarlo dolientes a solas,
como aquellas rocas, del mar centinelas,
que besan y besan gimiendo las olas.

[39]

Para los poetas el dolor es planta
ignota y preciada que avaros cultivan,
porque a su perfume cual opio del alma
la vida se acorta, ¡los sueños se avivan!

Capítulo vi La queja

La queja es señal de debilidad y apocamiento. Los espíritus bien templados no se quejan nunca.

La queja siempre envuelve reproche o contra Dios, o contra nosotros mismos, o contra el prójimo. Y a nadie le gusta oír reproches.

Quejarse de Dios es blasfemia; de nosotros mismos, confesión de ineptitud; y del prójimo, pueril y peligrosa imprudencia.

En lugar de quejarse de Dios debe el hombre elevarle resignadas y humildes súplicas; en vez de quejarse de sí mismo, preciso es luchar; y en cambio de quejarse del prójimo, mejor es castigarle; perdonarle o despreciarle.

El tiempo que se gasta en quejas es tiempo miserablemente perdido. Las quejas no remedian nada y con ellas nada se consigue.

Cuando los gladiadores en el circo romano se quejaban pidiendo gracia, la multitud enfurecida daba la señal de muerte; y cuando heroica y desdeñosamente afrontaban el golpe postrero, las muchedumbres, subyugadas por el valor, solían implorar clemencia a su tirano.

Si la queja es impropia en el hombre que sea verdaderamente hombre, es más indecorosa aún en las naciones. La dignidad nacional y la altivez ciudadana reprueban con cólera las quejas humildosas de sus gobernantes débiles, y reclaman la protesta digna y enérgica, si es que no hay fuerza suficiente para defender derechos, castigar abusos y vengar injurias.

[42]

La queja es de vencidos: la protesta de luchadores.

La queja de los vencidos es himno para los vencedores.

La queja de los que desde la altura caen en desgracia es música celestial para los envidiosos. Y no hay que proporcionarles ese placer infame.

Por regla general, las quejas solo sirven para atraernos —entre la indiferencia de los más— el desprecio de muchos, la burla de otros y la baldía lástima de unos pocos.

Tanto agrada oír buenas defensas, cuanto desagrada siempre oír quejas.

Mientras más se queje el hombre de su suerte, más merecedor se hace de ella.

Los que se quejan de la mala estrella con que dicen haber nacido, lo que hacen es acreditarse de ineptos, pusilánimes y débiles de carácter. No hay buena ni mala estrella, sino valor, perseverancia, habilidad, honorabilidad, talento o audacia, en los que dicen tenerla buena; y debilidad, imprudencia, indolencia, versatilidad o excesiva modestia en los que se quejan de mal sino.

La queja lejos de disminuir las penas y de apaciguar el dolor, los agrava; porque mientras más excita la imaginación contra lo que creemos inmerecido, más enferma el corazón y más envenena el alma.

El consuelo en los grandes dolores de la vida que no dependan de culpa nuestra, no está nunca en la queja, sino en saber y creer que todo cuanto nos viene de la mano de Dios es para nuestro bien.

Y si el desastre ha dependido de culpa propia, no sirve tampoco la queja para aliviarnos. El consuelo está entonces en reconocer el error o la culpa y repararlos y enmendarnos.

Y si el mal viene del prójimo, la mejor consolación está en ejercitarse con valor y dignidad el derecho de defensa legítima, o en practicar las grandiosas obras de caridad cristiana, de perdonar y sufrir injurias al prójimo.

Pero una cosa es quejarse y otra muy distinta enrostrar con [43] altivo desdén injusticias, ingratitudes y villanías.

Tampoco es humillante queja el reclamo de lo que se nos debe de derecho, ni la imprecación por el injusto conculcamiento de aspiraciones legítimas, ni la defensa de los pobres desvalidos, ni la reprobación clamorosa de todo lo indebido que nos disgusta y que no podemos remediar, por más amargura que destilen las frases en que se increpen a los poderosos sus faltas, sus abusos o sus injusticias.

Este libro no es una queja, por más doloroso que sea. Es un grito del alma en favor de los infelices. Es una cominación a la sociedad para que abra los ojos y vea miserias que ignora. Es una vibrante protesta contra abusos abominables y descuidos imperdonables. No se queja el que nada pide ni pretende para sí mismo, sino que, indignado, enrostra iniquidades; y compasivo, implora justicia y caridad para los indefensos.

Capítulo VII El principio del fin

El insoportable aburrimiento de la soledad, la tristeza creciente, la tardanza en recibir noticias de mi familia, el deseo de ver gente, la esperanza de emprender un tratamiento médico para el mal anunciado, la falta de recursos y el temor de que me sobreviniese, como me anuncian las visitas y las cartas del pueblo, la «chapetonada», que decían ser infalible, o una fiebre grave, me decidieron por fin a bajar a vivir en Agua de Dios. Iba pues, forzado por las circunstancias, a dar a mi familia el inesperado golpe mortal, y a proporcionar a no pocas personas una satisfacción muy grande. Iba a caer en el lugar del horror y del olvido donde son muchos los que entran y muy contados los que salen, y donde el que ingresa marcado con el inri del enfermo, debe decir al entrar: *Lasciate ogni speranza.*

En Bogotá me habían asegurado los caballeros que se afanaban por mi pronto viaje, que en Agua de Dios me tenían preparada una quinta con agua, árboles frutales, departamento separado para personas sanas, y varios muebles; que al llegar, los médicos me harían repetidos y esmerados exámenes clínicos y bacteriológicos y me prescribirían un tratamiento científico y un régimen de vida; y que en la botica oficial me suministrarían gratuitamente alcohol, desinfectantes y toda clase de medicamentos.

Nada de eso era cierto. Fuimos a dar, en calidad de huéspedes, a la casa de la honorable señora doña Teresa de Lozano,

[46] donde permanecimos más de un año, si bien muy atendidos por ella y su simpático hijo don José Ignacio, siempre con la pena y la incomodidad que las personas delicadas sienten en casa ajena y sin la absoluta libertad del que no está acostumbrado a la vida de hotel.

Después de arreglar el trasteo de nuestros pocos muebles, de recorrer los sitios donde tanto habíamos sufrido y de despedirnos de la pobre familia del «ranchito» vecino, Rosa y yo, acompañados de José Ignacio Lozano y seguidos de Dick, emprendimos camino hacia la ciudad, por aquel mismo por donde algún tiempo antes regresé de ella creyendo salir del infierno. Llegamos por la tarde a la referida casa, y en el acto empezaron a arreglar las dos piezas que debíamos ocupar mi hermana y yo, que eran las mejores. Después comimos y al cabo de un rato de conversación nos acostamos. Yo, lleno de preocupaciones y angustias, pasé una noche horrible de completo desvelo. Me impresionó el incesante canto de los gallos; creo que en ninguna parte hay tantos como en Agua de Dios. Oyendo ese misterioso clamor, repetido de colina en colina, de solar en solar, recordé los versos de Harancourt, que luego traduje libremente así:

EL CANTO DEL GALLO

La lluvia melancólica gotea,
por espesarse la tiniebla lucha,
la estrella matutina parpadea,
sombra duerme y el silencio escucha.

Y todo es soledad; mas de repente,
como un puñal, la bóveda del cielo
rasga en la oscuridad el estridente
canto del gallo en acerado vuelo.

Y a lo lejos, cual voz de centinela al
pasar el «¡alerta!», por el yermo,
de otros mil gallos el clarín desvela
diciendo uno por uno: ¡yo no duermo!

[47]

Tal los recuerdos de dolor que yacen
en el fondo del alma adormecida:
ante un nuevo pesar todos renacen
y despierta hecha lágrimas la vida.

Y en el confín remoto del pasado
y en la mitad del corazón enfermo,
se oye que con acento desolado
gritan uno tras otro: ¡yo no duermo!

La población nos recibió muy bien. Nos visitaron y ofrecieron cordialmente sus servicios todas las familias honorables y varios caballeros distinguidos que viven solos. Quisiera citar nombres y nombres para expresar mi profunda gratitud y para hacer saber cuánta gente de familias honorables hay en el presidio de enfermos, pero no lo hago por respeto y consideración a quienes, cediendo a la preocupación social, miran su desgracia como una mancha infamante y ocultan su residencia como ocultarían el crimen.

En cuanto a los anunciados exámenes de los médicos, no se me hizo ninguno en veinte meses, ni se me prescribió ningún régimen de vida, ni se me suministró tratamiento alguno, ni los desinfectantes prometidos, ni nada. Pero al cabo de más de un mes, se me presentó el practicante enfermo señor don Luis Francisco Latorre, estimabilísimo caballero; y, muy fino y amable, me hizo un largo examen BIOGRÁFICO, pero no me recetó ni ordenó nada. Después supe que eso era para inscribirme en la lista de enfermos, en el rol de presidiarios, en la nómina de mendigos

[48] a quienes en cambio de los derechos individuales y sociales, el porvenir, y todo, da la amorosa patria treinta centavos diarios, reducidos a veces a la mitad por el cambio de la repugnante moneda especial, para que con eso atiendan a la alimentación, el vestuario, los medicamentos, el lavado de ropa, los servicios de agua y luz, los sirvientes, las limosnas ineludibles, los gastos extraordinarios incontable, etc. Quedé, pues, matriculado y herrado con el fierro candente e indeleble del leprosorio.

Uno de los médicos, muy atento, me hizo un día una visita de amigo y después de largo rato de amena conversación me dijo:

—Pero usted está de muy buen aspecto y no debe abandonarse. Conviene que tome algunos medicamentos. ¿Qué tratamiento quisiera usted emprender?

—Pues yo,—dije no sin extrañar eso de que el médico averigüe al enfermo qué quiere que le receten,—, pues yo seguiré el que me prescriban si hay seguridad de curación o siquiera fundada esperanza de ella.

—Eso sí no: la enfermedad es incurable, pero así usted se conservará por mucho tiempo.

—Entonces —repliqué— ese es precisamente un motivo para no añadir aflicción al afligido, recargando mis penas con la mortificación de los remedios, porque lo que menos deseo es prolongar mi vida.

No obstante, meses después hube de ver que los mismos médicos despachaban del lazareto con certificado de curación (de la cual no se atrevían, sin embargo, a declararse autores), al doctor Tito P. Abella, a un señor Dussán, al señor G. Cuéllar y a otros. Luego o los médicos se contradicen declarando la enfermedad incurable y al propio tiempo enfermos curados, o meten al lazareto gente sana, calificándola de enferma y exponiéndola al decantado contagio.

Desde aquella vez deseché la idea de tomar menjurjes y me di por enterrado vivo. De ahí esta poesía:

ENTERRADOS VIVOS

[49]

Con el pavor con que se opprime el alma
solo al pensar en enterrados vivos,
cuando de noche, junto al camposanto
se escucha algún gemido,

debes temblar al escuchar el nombre
de la prisión perpetua en donde gimo
y orar por mí diciendo: ¡Desgraciado,
si lo enterraron vivo!

Sin embargo, a los veinte meses de estar sin remedios de ninguna especie, hube de servir de conejo de laboratorio por algunos días, a causa de que con inmenso bombo y precedido de inaudita fama se anunciaba otro tratamiento «infalible»: el ginocardato. Todo el mundo esperaba redención con la misma fe vivísima con que años atrás, según cuentan, habían esperado el tratamiento también «infalible» del charlatán Ángel García, quien, con otro caballero industrial, sacó de allí un dineral y NO CURÓ A NADIE. ¡Ojalá hubiera curado a alguno, si no de la enfermedad, siquiera de la manía de creer en explotadores de remedios infalibles!

Fue el caso que tres caballeros de elevada clase social y yo recibimos una vez sendas notas del médico doctor Francisco de P. Barrera diciéndonos que el Gobierno había mandado una corta cantidad de aquel medicamento, como para unos cuatro enfermos; que nosotros habíamos sido escogidos, y que si queríamos entrar al tratamiento le avisáramos en el acto, o si no para darlo a multitud de enfermos que lo pedían. Aunque a mí me pareció irregular esa preferencia por creer que el Gobierno tiene el deber de atender igualmente a todos los enfermos en vez de tenerlos en el absoluto abandono en que los veía, contesté

[50] que ya que por fin había un tratamiento científico y moderno, lo aceptaba gustoso. Los compañeros aceptaron también, naturalmente.

Entonces se me hizo por primera vez en Agua de Dios un examen clínico y bacteriológico. De él resultó, según el citado médico, que yo no tenía nada en la nariz, que en el lóbulo de la oreja me había encontrado «dos» bacilos (así dijo) y que la enfermedad era máculo-anestésica. No encontró tubérculos, ni granos, ni ulceraciones, ni vestigio alguno de nada de eso, pues jamás lo he tenido hasta esta fecha.

Concurrimos pues, al titulado Hospital Carrasquilla a ponernos las inyecciones. Fue un desastre. En un sucio y desmantelado salón, única pieza no vacía de ese abandonado y ruinoso edificio que costó un dineral a la República, desfilaban uno tras otro multitud de enfermos, agravados unos, en buen estado otros, viejos, niños y de todas clases y categorías, (pues a muchos les había llegado el medicamento por pedido directo y pago personal), hacia el practicante enfermo quien, con no pocos pinchazos, les iba poniendo sucesivamente la inyección ante el médico que, a prudente distancia, no hacía sino mirar. De brazo en brazo y con la misma aguja ya romá y sangrienta, con la misma venda, sin examen, sin estudio, sin considerar las diversas condiciones y circunstancias de los pacientes, se les introducía el ginocardato en las venas, que a poco quedaban obstruidas. Nada más anticientífico, más repugnante, más rudimentario. Además resultó, según informe escrito que envió el doctor Montaña de Bogotá al señor Evaristo Quijano, que el polvo, disuelto quién sabe cómo, que nos estaban introduciendo por las venas, era el que debíamos tomarnos por la boca a falta de las tabletas que el tratamiento prescribía y que los leprólogos de Agua de Dios no conocían aún, pues quien se las hizo conocer después fue la señora de Mateus, porque las había recibido directamente. De modo que al que bien pudiera no tener la enfermedad, allí se

la suministraban de otros brazos y al que la tenía, fácil era que le proporcionaran por añadidura la tisis, la sarna o cualquiera otra de las muchas contagiosas que allí abundan. [51]

Llegué a diez o doce inyecciones, las primeras en el Carrasquilla y las últimas en casa del doctor Luis Cajiao Wallis, donde él, su señora y yo nos las hacíamos poner de otro de los praticantes enfermos porque los médicos no se arriesgaban a eso, y me retiré del tratamiento, convencido de que administrado así no servía para nada, de que estaba incompleto y de que a la mayor parte de las víctimas les iba haciendo daño. Los pocos enfermos que insistieron cayeron a la cama.

He ahí todo lo que me he hecho o me han dado de remedios en el supuesto sanatorio, donde, según decían para que ingrese pronto, iría yo a curarme muy aprisa mediante los sabios, científicos y continuos tratamientos de los médicos especialistas, que irían estudiando mi enfermedad, día por día².

Y entonces, así como cada enfermo de Agua de Dios se receta a sí mismo lo que le place, e inventa tratamientos a su acomodo, tomando infinidad de brebajes y haciendo doscientas mil barbaridades, yo también, al cabo de más de año y medio, formulé el mío: régimen de veraneo sanitario así: madrugar, hacer ejercicio en la huerta y el jardín, comer lo mejor que se pueda, leer mucho, escribir, pasear, escrupuloso aseo, vida higiénica, metódica y arreglada; dos baños fríos diarios, si se consigue

² El 8 de septiembre de 1922 me hizo el doctor Jorge E. Santos un segundo examen, a solicitud mía, a fin de entrar (por complacer a mis hijos y a varios amigos) al tratamiento de los ésteres etílicos, que principiaba con más bombo que el ginocardato, para caer después en idéntico des prestigio, y de los cuales me pusieron veinte inyecciones, y suspendí porque el médico no volvió más ni me dio noticia del resultado del examen, y solo vine a saberlo después de un año, por habérmelo comunicado unos amigos de la Costa Atlántica, como referiré más adelante.

[52] agua; distracciones correctas y evitar hasta donde sea posible las preocupaciones, las molestias y las tristezas.

Y luego a las diez, a dormir y como decía Becker:

«Hoy como ayer, mañana como hoy,
y siempre igual;
un cielo gris, un horizonte estrecho
y andar, andar, andar...»

Algunas veces largos paseos a pie y una que otra a caballo por los alrededores, con algún amigo y el perro. Y además hacer artículos de periódico y versos; pero aquellos resultaban demasiado vehementes y estos demasiado tristes.

La razón de ello está en que en los artículos hablaba el jurista acostumbrado a luchar por la justicia y el derecho, y en los versos el proscrito padre de familia. Por eso decía:

EL CISNE

Cuando al oír mis cantos del destierro
notes que se hacen como nunca tristes,
recuerda entre las fábulas antiguas
la dulce y melancólica del cisne:

—¿Qué buena nueva, preguntó un ave
es la que hoy a tu cantar imprime
tanta emoción, tan singular ternura?
—Que ya voy a morir, le dijo el cisne.

Otras veces recordando mucho a mi finada esposa, que habría sido mi inseparable y abnegadísima compañera de aislamiento, hacía poesías como esta:

RECORDÁNDOLA

[53]

Cerré aquellos ojos
donde yo encontraba
mi luz y mi númer,
mi fe y mi esperanza...
Y vi que en tinieblas,
las negras pestañas
dejaban mi vida,
mientras desgranaban
por ello sus ojos
sus últimas lágrimas.
Sobre el níveo pecho
crucé aquellas manos
blancas como el lirio,
yertas como el mármol,
que ya agonizantes
mi cuello enlazaron
como si quisieran
llevarme a su lado,
y la muerte ruda
desató en el acto.

En las azucenas
de su hermosa frente
mi beso postrero
llorando estámele,
y sentí en los labios
un soplo de nieve,
cual si ella anhelara
sellarlos por siempre
con el espantoso
hielo de la muerte.

[54]

La caja mortuoria
que entraron vacía,
al rato entre cirios
de luz amarilla,
sacaron ya llena
con toda mi dicha,
con las ilusiones
de mi oscura vida,
que ya deshojadas
por siempre se iban.

Siguiendo los pasos
del mudo cortejo,
con honda tristeza,
llorando en silencio,
sintiéndome solo
y del alma enfermo,
entre tanta gente
y en el mundo inmenso,
del féretro al lado
llegué al cementerio.

Y al fin la enterramos
cubierta de flores;
y juzgué colmadas
mis penas atroces...
Mas hoy, a la lumbre
del sol que se esconde,
me siento, al recuerdo
de aquellos dolores,
más solo que nunca
más triste que entonces.

[55]

Cuando me alejaba de
su humilde tumba
pensé que no hubiera
mayor amargura;
mas rodaron años
de sombras y luchas,
y al cabo agonizo
con nuevas angustias,
más triste que entonces,
más solo que nunca.

Capítulo VIII Alegrías tristes

Cuando mi abnegada hermana Rosa, que tanto me había servido y consolado, hubo de irse para Bogotá, quedé por primera vez en la vida solo, sin un miembro de mi familia a mi lado. Solo, con una pena espantosa, en un lazareto y viviendo a pupilaje.

Perdida la independencia personal, que había sido el bien principal de mi vida, no me quedaba ya nada: ni familia, ni profesión, ni porvenir, ni libertad. Me hallé más preso que las veces en que por política estuve como tal, en el panóptico y otras cárceles. Me vi como un leño de navío muerto, a merced de las olas, de tumbo en tumbo.

Al irse Rosa le escribí en su libro de oración los siguientes versos que, aunque malos, debo conservarlos aquí en señal de inalterable cariño y gratitud sincera:

RECUERDO

Cuando después de que yo
haya del mundo partido
y cuando estés descansando
de tu abnegado heroísmo,
algunas veces tus ojos
pasarás por este libro,
prenda de agradecimiento
y postrer regalo mío...

[58] Y al repasar estas hojas
que santificó el destino
y al ungirlas con el llanto
del país de los suplicios,
evocarás mi recuerdo
lloroso, triste y sentido.
Recordarás mi nostalgia
al verme solo y proscrito,
alejado para siempre
de mi hogar y de mis hijos;
y mi vida de trabajo
y de combate continuo
que por solo premio tuvo
este pavoroso asilo
de miserias y de horrores
donde juntos compartimos
la soledad de la ausencia,
la humillación del olvido,
el dolor del desengaño
y el silencio del abismo...

Y entonces, ante este obsequio
de mi sincero cariño,
olvidadas ya las penas
con que actualmente te aflijo,
y cuando en mil bendiciones
tengas el premio debido
a tus preciadas virtudes
y a tu abnegación conmigo,
orarás por mi descanso
eterno, dulce y tranquilo;
y porque pronto esos seres
que son parte de mí mismo

y cuya ausencia forzada
fue el mayor de mis suplicios;
vayan todos a reunirse
ya para siempre conmigo,
a la sombra redentora
de la Cruz santa de Cristo,
que perdona toda culpa
y santifica el martirio,
que conoce tus bondades
y aplaude tu sacrificio.

[59]

El amable y culto joven don José Ignacio Lozano, que por no ser enfermo desempeñaba un cargo en la empresa de luz eléctrica, se propuso animarme y distraerme. Todos los días me sacaba a pasear por los alrededores del poblado, me acompañaba a pagar las muchas visitas que se me hacían y me obligaba a asistir a funciones o reuniones familiares. Fue mi compañero y amigo en días muy amargos.

Se acercaba diciembre. Se hablaba de novenas, aguinaldos, Nochebuena y pascuas, y se me exigió con instancia que tomase parte en las reuniones, a escote, que se verificarían en casa del excelente caballero y afamado artista don Luis A. Calvo. No podía ni debía excusarme, aunque era como una irrigisión, como una burla cruel del destino eso de ir yo, ya viejo, abatido, y desilusionado del mundo por completo, a esas bulliciosas tertulias que habrían de recordarme dolorosamente las de igual clase de los días más felices de mi niñez y de mi juventud.

Pero era preciso asistir: yo debía saborear el sufrimiento no tan solo cara a cara, sino lo que es más duro aún: bajo la máscara de la alegría y de la felicidad.

Se reunían en casa de Calvo aquellas noches las personas más distinguidas de la ciudad: el doctor Aristides Vargas, el general Lino Correal y su señora, el doctor Nicolás Aristizábal, las

[60] señoritas Correal, Josefina Páez y Rosa Restrepo; dos hermosas niñas sanas, Carmen Rosa y Francisca N., que cantaban muy bien; los señores Alcibíades y Aristóbulo Botero y sus señoras; la señora Olimpia de Mateus, el señor Salomón Piña y muchos más que no recuerdo o que omito por respeto al silencio en que desean ocultar sus nombres y residencia. Había allí más personas sanas que enfermas; había bellas señoritas y caras terribles que aún me impresionaban; había un conjunto raro, unos contrastes extraños y una alegría lastimosa. Todo eso me hacía meditar en medio de las risas, las músicas y los bailes. Y mientras pensaba cosas muy tristes y me llenaba de profunda compasión por aquella alegría en medio del mayor de los infortunios, mi cara seria tenía que ostentar sonrisa alegre.

¿Quién iba a imaginar seis meses antes, cuando al dejar para siempre el hogar de mi familia daba a mis hijos el abrazo de despedida, que al cabo de tan corto tiempo yo mismo habría de tomar parte en juegos de prendas?

Le perdonamos al destino que nos parta el corazón y nos destruye el alma; pero no podemos perdonarle que nos humille, nos escarnezca y nos ridiculice. Horrible es que el dolor se vea forzado a trocar su dignidad purificadora, por la efímera caretilla de una dicha engañosa.

A ratos, mientras decía estar esforzándome por adivinar una de las charadas que representaban Aristizábal, Calvo, Lozano y otros jóvenes, mi pensamiento iba lejos, muy lejos, repitiendo estos versos que hice cuando veía casi a todos los enfermos asegurar su próxima curación y hacer proyectos para su partida.

AVES VIAJERAS

Cuando entre aromas y flores
renace la primavera,
felices y bulliciosas,

desde muy remotas tierras,
a las montañas nativas
vuelven las aves viajeras.

[61]

Para la alegre bandada
todo es luz, amor y fiesta;
mas a los cantos sentidos
con que el regreso celebran,
suele mezclarse una nota
de melancólica queja.

Es el recuerdo doliente
de las pocas compañeras
que ya, con las alas rotas,
cansadas, tristes y enfermas,
no volverán a sus nidos
y para siempre se quedan.

Así mando mis cantares,
cual otras aves viajeras,
a llevar dulces memorias,
reavivadas por la ausencia,
al hogar de mis amores
donde con ansia me esperan...
Son los afectos más hondos
y es el alma, que regresan
a llevarles esperanzas
y efluvios de primavera,
mezclados con el lamento
de un corazón que se queda.

Porque ya, las alas rotas
al furor de la tormenta,

[62] encalló lejos del nido
y es imposible que vuelva...
¡Se me muere de cansancio,
se me muere de tristeza!

Rezaban la novena del niño Dios, que tantos recuerdos despierta, cantaban villancicos, jugaban y bailaban. La muchedumbre, curiosa y alegre, se agolpaba a las puertas y a las ventanas y llenaba la calle. El calor era horrible. El señor Calvo reía, reía con su risa amable, franca y cariñosa. Se hubiera dicho que la felicidad reinaba y que era una fantasía del poeta Adriano Páez eso de haber titulado «País del Dolor» al lugar donde dejó sus huesos y su nombre y donde a la sazón la juventud bailaba y reía.

En la noche de Navidad fue más bulliciosa la reunión. Salieron a bailar una señorita y un joven, ambos enfermos, pero cuyos rostros duramente marcados por el mal, ostentaban alegre sonrisa. Yo contemplaba esa pareja con una mezcla inexplicable de complacencia y pena, de compasión y simpatía que me llenaba la mente de ideas confusas y extrañas. En la faz de la señorita se veía pintada la alegría del baile sobre las huellas del pesar constante, y en la del joven el dolor diario dejaba por un instante el campo al contento actual. Esos contrastes me inspiraron estas coplas que más tarde cantaban con hondo sentimiento el ilustrado doctor Luis Cajiao Wallis y su digna esposa, con música de él.

NOCHEBUENA

Nochebuena, Nochebuena,
pasada en Agua de Dios
olvidando el infortunio
y ¡haciendo burla al dolor!

Melancólico el bambuco
dice con su dulce voz:
¡Sí que está lejos el mundo,
sí que está cercano Dios!

[63]

Esta noche es Nochebuena,
noche de dicha y amor...
¡Qué triste está la Alegría
y qué contento está el Dolor!

Y ambos bailan el bambuco
y entonan una canción
medio triste, medio alegre,
que llega hasta el corazón.

Y dicen con el poeta
del destierro y el dolor:
«Adiós, adiós, patria mía,
aún no puedo odiarte, adiós!»

Me arrojaste de tu seno;
mal me pagaste mi amor;
«adiós, adiós, patria mía,
aún no puedo odiarte, adiós!»

A las doce de la noche salimos todos a la misa del gallo, que iba a celebrarse en la capilla del convento vecino. Me adelanté, tomé un reclinatorio ante el altar y, ya solo conmigo mismo y mis recuerdos, alejado del mundo, del bullicio y de la alegría que me punzaban el alma, gocé en pensar, en sufrir, en llorar...

Capítulo IX

Una procesión en Agua de Dios

Era la noche del Viernes Santo. En amplio y despejado cielo de color opalino, se alzaba la luna casi llena, derramando oleadas de luz amarilla por los azulados montes del sureste y por los enlutados valles del ocaso. Algunas estrellas parpadeaban en el espacio y un lucero esparcía fulgores diamantinos cerca de la luna. Las siete colinas que circundan la capital del Dolor en Colombia, como otras tantas, renombradas en la historia, coronan la del mundo cristiano, dibujaban sus vagas siluetas sobre nubes de nácar: la una a la izquierda del silencioso cementerio, haciendo sombra al bosque de cruces que recuerdan el fin de muchas vidas y de muchos martirios; la otra, a la derecha, con la capillita del «Mirador» en la cumbre; la siguiente, en la bifurcación del camino de Tocaima para los dos principales retenes por donde generalmente entran los presidiarios del dolor a su cárcel perpetua; la de más allá, al lado de la amplia casa de los médicos, que queda fuera del lazareto, cerca del tanque nuevo del acueducto de «Ibáñez», y las restantes, unas en pos de otras, de oriente a occidente, como mudos y eternos centinelas de aquella penitenciaria de enfermos.

El viento dormía y el campo meditaba. Las mansas vacadas rumiaban en los prados de los alrededores. Las enlutadas copas de los árboles, con inmovilidad misteriosa, parecían escuchar la voz del silencio. La indefinible y dulce tristeza de las noches de

[66] luna que, como la de la música, llena el alma de suave melancolía, desplegaba sus alas sobre la naturaleza, sobre la ciudad y sobre los corazones. Era aquella una noche espléndida, llena de aromas de tierra cálida, de luz como de cirio, de silencio santo y de vapor de lágrimas.

Hacía poco que yo habitaba en la ciudad que devora para siempre a los que en ella ingresan y por consiguiente estaba aún aturdido como aquel a quien le cae un rayo a corta distancia. Todavía el horror, la repulsión, la lástima, la inexplicable vergüenza y el fastidio me hacían huir de las reuniones públicas. Pero aquella noche, para matar el tedio, para distraer la mente y para entretenér el espíritu mirando el espectáculo de lejos, sin ver caras, accedí a las instancias que se me hacían para que fuese a la procesión de la Dolorosa.

Fui y me aislé con mi pesar y mis recuerdos contra una columna del balcón de la biblioteca. Tendí la mirada sobre la ancha plaza. Del templo, profusamente iluminado, empezaba a salir, entre raudales de luz y nubes de incienso, la fantástica procesión. En el atrio, una compacta multitud se agitaba con el movimiento de las olas negras del mar en las tinieblas nocturnas. En la plaza, numerosos grupos de gente se veían como manchas de sombra al pie de los árboles.

Comenzó el desfile: una interminable y no interrumpida serie de luces en manos de infinidad de señoritas, señoritas, caballeros, niños y gentes del pueblo, fue avanzando en dos correctas filas, lenta y majestuosamente, como una larguísima y ondulante serpiente negra con dos listas de luz y oro, matizadas a veces con la albura de los roquetes de sacerdotes y monaguillos. De trecho en trecho se alzaba un hermoso estandarte precediendo alguna congregación piadosa. El acompasado murmullo del rosario que rezaban las filas de adelante, la culta actitud de los espectadores que formaban orlas de sombra en las aceras, el cabrilleo de los cirios, el rítmico avanzar de la columna negra, el tibio ambiente

y el olor a incienso, formaban un conjunto imponente y poético, [67] en medio del misterioso mutismo de la noche.

Pero nada tan solemne, tan conmovedor, tan dulcemente tierno, como cuando fuera ya del templo el paso de la Virgen Dolorosa, empezó en pos de ella el canto del miserere, entonado por alternativos coros de niños y de sacerdotes. Ese salmo lúgubre, ese himno del dolor, ese grito a la misericordia, tiene algo de divino que poetiza el sufrimiento; algo de ultratumba que consuela y dignifica; algo que ennoblece el arrepentimiento y esparce perfume de risueñas esperanzas. Entre mis más lejanos recuerdos de la infancia se destaca el de la Semana Santa en Bogotá, no por las funciones de iglesia, no por las golosinas de esos días, no por las procesiones que tanto gustan a los niños, sino por el miserere que yo iba a oír embelesado donde quiera que lo cantaban. Pero aquella noche en Agua de Dios, bajo la sugestión del sitio, de la hora, del dolor, de los recuerdos y de las especiales circunstancias de mi vida, ese canto imponente tuvo para mí voces ultraterrenas que no había oído antes, y un sentimiento tan suave, tan triste, tan hondo, que se me borró el mundo de la mente y pensé que estaba más allá de la vida oyendo el clamor de las almas que, cumpliendo su pena temporal y vislumbrando ya cercanas claridades, se preparan al gozo eterno.

Y aquella quejumbrosa voz fue alzándose como un eco del gemido de la multitud doliente que seguía a la Virgen y de mi propio lamento, y me pareció que en fúnebre clamor decía: «¡Dios mío, por qué me has desamparado!»

Y recordé el pensamiento del abate Bolo: «la elocuencia humana no traducirá jamás lo que hay de quejumbroso, doliente y divinamente desolado en este gemido de Cristo: "Mi alma está triste hasta la muerte"».

Pero entonces pasó por el pie del balcón donde yo estaba, la Virgen Dolorosa, con su aspecto de sentida súplica, con el

[68] rictus amargo de los dolores inconsolables, con los ojos llenos de lágrimas alzados al cielo. Y creí que los alzaba hacia a mí, y que por mí y por mis hijos lloraba.

Y levanté al espacio la mirada turbia y vi la luna redonda y blanca, como una hostia purísima que con sus rayos de luz argentina y temblorosa convertía en diamantes las lágrimas de la Virgen.

Y oí que el Miserere decía: más allá, más allá.

Y la ondulante serpiente negra de espalda amarilla y listas de luz, se iba perdiendo a lo lejos, poco a poco, bajo el ancho pórtico del hospital de San Rafael, mientras los ecos remotos repetían melancólicamente: más allá, más allá.

MÁS ALLÁ, ALLÁ

¡Oh!, corazón destrozado,
corazón, ¡cómo me dueles!...

Yo quiero que te consueles
al recuerdo del pasado.

Al mirar cómo has luchado
y al pensar cuánto has sufrido,
verás por el tiempo ido
que la victoria es muy alta
y que ya muy poco falta
al descanso merecido.

Me pierdo en la multitud
de mis muertas ilusiones
y en el mar de decepciones
de la humana ingratitud.

¡Con qué horrible prontitud
rodé cual piedra al abismo
para mirar allí mismo,
mis enemigos triunfantes

y a mis amigos de antes
huir ante el cataclismo!
Si los abismos hablaran
sus bocas negras, sombrías,
sobre las tristezas mías
¡qué de horrores no contaran!
Mas si al silencio se amparan
con un mudo inconsuelo,
siempre están mirando al cielo
en donde brilla una luz:
la que difunde la Cruz
sobre todo humano duelo.

[69]

Me anuncia el dolor que ya
las tempestades del alma
voy a trocar por la calma
de un eterno más allá.
La lucha al concluir está:
todo a la paz me convida
y, como el agua dormida
en un tranquilo remanso,
voy a encontrar el descanso
del torrente de la vida.

Repasso la triste historia
de la pobre humanidad
que guarda en su oscuridad
tanto nombre y tanta gloria.
De inmenso volcán escoria
por los siglos apagada,
es una tumba sagrada
donde los grandes han ido
a salvarse del olvido
en los brazos de la nada.

[70] Y palpo allí, aunque me asombre,
 cómo la muerte es un mar
 do tiene que naufragar
 todo el orgullo del hombre!
La gloria, el poder, el nombre,
los sueños, las ilusiones,
los reyes y las naciones,
y las razas, todo, todo,
se entierra al fin en el lodo
de ese mar de decepciones.

Y sobre mar tan temido,
como una nave, volando
pasa mi vida, llevando
en alas el olvido.
Y él destruirá cuánto he sido
con más furia y más afán
que en alas del huracán
las arenas del desierto
borran el camino abierto
por los hijos del Corán.

Pero avanza, navecilla,
audaz, atrevida y sola;
va rodando de ola en ola,
que está cercana la orilla.
Crujen tu jarcia y tu quilla
y tu mástil se estremece
y cada instante parece
que estrujada, débil, rota,
vas a estrellarte en la ignota
playa del mar que te mece.

Y sin embargo, esa nave
tiene tal seguridad,
que siente la tempestad
como el arrullo más suave,
y se desliza como ave
que los escollos no advierte
y se va haciendo más fuerte
con cada riesgo vencido
de este mar embravecido
de destrucción y de muerte.

Horas hay de tanto duelo,
que uno con gusto daría
fortuna y sabiduría
por un rayo de consuelo.
Y ese espantoso desvelo,
esa desesperación
que así opprime el corazón
solo tiene un rumbo cierto
y un solo tranquilo puerto:
la esperanza y la oración.

El numen, la poesía,
el almo soplo del genio
que buscan nuevo proscenio
con más afán cada día,
y la ciencia que porfía
en dar luz a la razón,
¿podrá decirse que son
un sueño que se derrumba
y que acabará en la tumba
como una vana ilusión?

[72] ¡Oh!, nunca, nunca, jamás
dice la razón altiva;
la llama surge y se aviva
en la muerte más y más.
La sombra dejando atrás,
Y dando de triunfo el grito,
el númer, ya no proscrito,
desplegará ignotas galas
y el genio, abriendo las alas,
volará en el infinito.

Los grandiosos ideales
de bien, de amor y de paz
¿serán engaño falaz
para los pobres mortales?
¿seremos al bruto iguales?
¿será lid sin recompensa?
Injusticia tan inmensa
la rechaza el corazón,
que con tan noble ambición
en honor y en gloria piensa.

Con el rodar de los años
se va el hombre aquilatando
y el alma purificando
con dolor y desengaños.
Flores y frutos extraños
logra en su ruda jornada
¿y será su fe engañada
y ha de dar la negra suerte
las flores para la muerte
los frutos para la nada?

[73]

Cual sombra que crece y crece
cuando el sol va declinando,
el alma se va agrandando
mientras más dolor padece.

¿Y al ser que así se engrandece,
que así busca su bondad,
dirá la fatalidad
que lo engaña el corazón,
que no hay premio ni sanción,
que no hay inmortalidad?

¿Todo cuanto yo he soñado,
todo cuanto yo he sufrido
cuanto acaso he merecido,
cuanto luché, cuanto he amado,
habrá por siempre acabado?
¡Imposible! No habría Dios
o aquella injusticia atroz
lo mostrara tan cruel,
que yo renegara de él
por ir del suicidio en pos.

Este anhelo de justicia
con que el hombre nace y muere
y el asombro de que impere
aquí siempre la injusticia,
demuestran bien la estulticia
del que cree que con la muerte
concluye todo, de suerte
que queda impune el malvado
y que la lid ha ganado
el más pillo o el más fuerte.

[74] Tiene auroras el tormento
Y el dolor tiene su luz;
sobre su negro capaz
¡cómo brilla el pensamiento!
Del colmo del sufrimiento
el genio surge veloz
y en tanto que es más atroz
el dolor y más profundo,
más lejos se siente el mundo
y más cercano está Dios.

Cuanto más sufro, más creo
en una eterna justicia
y más benigna y propicia
la misericordia veo.
Por eso crece el deseo
de que el tiempo huya veloz.
Me voy de lo ignoto en pos:
sufro, suspiro y batallo;
pero me resigno y callo
esperando siempre en Dios.

Y lo que enseña el dolor,
de una eterna recompensa,
con una luz más intensa
me lo demuestra el amor.
Aquella preciada flor
de la senda de la vida,
tan hermosa, tan querida,
¡qué atroz sarcasmo que fuese
sueño que se desvanece,
ilusión falsa y mentida!

Mientras más amor sincero
tengo a los seres que son
tan caros al corazón
que por su ausencia me muero,
con mayor confianza espero
en que ha de llegar un día
de intensísima alegría
en que al fin todos reunidos,
nademos, por siempre unidos,
en un mar de poesía.

[75]

Una promesa escondida
hay, de que yo nunca dudo,
de ese último saludo
que da la Muerte a la Vida.
Mientras más honda es la herida
que deja el ser que se va,
más nos promete que habrá,
tras de temporal ausencia,
otra mejor existencia
y un eterno «más allá».